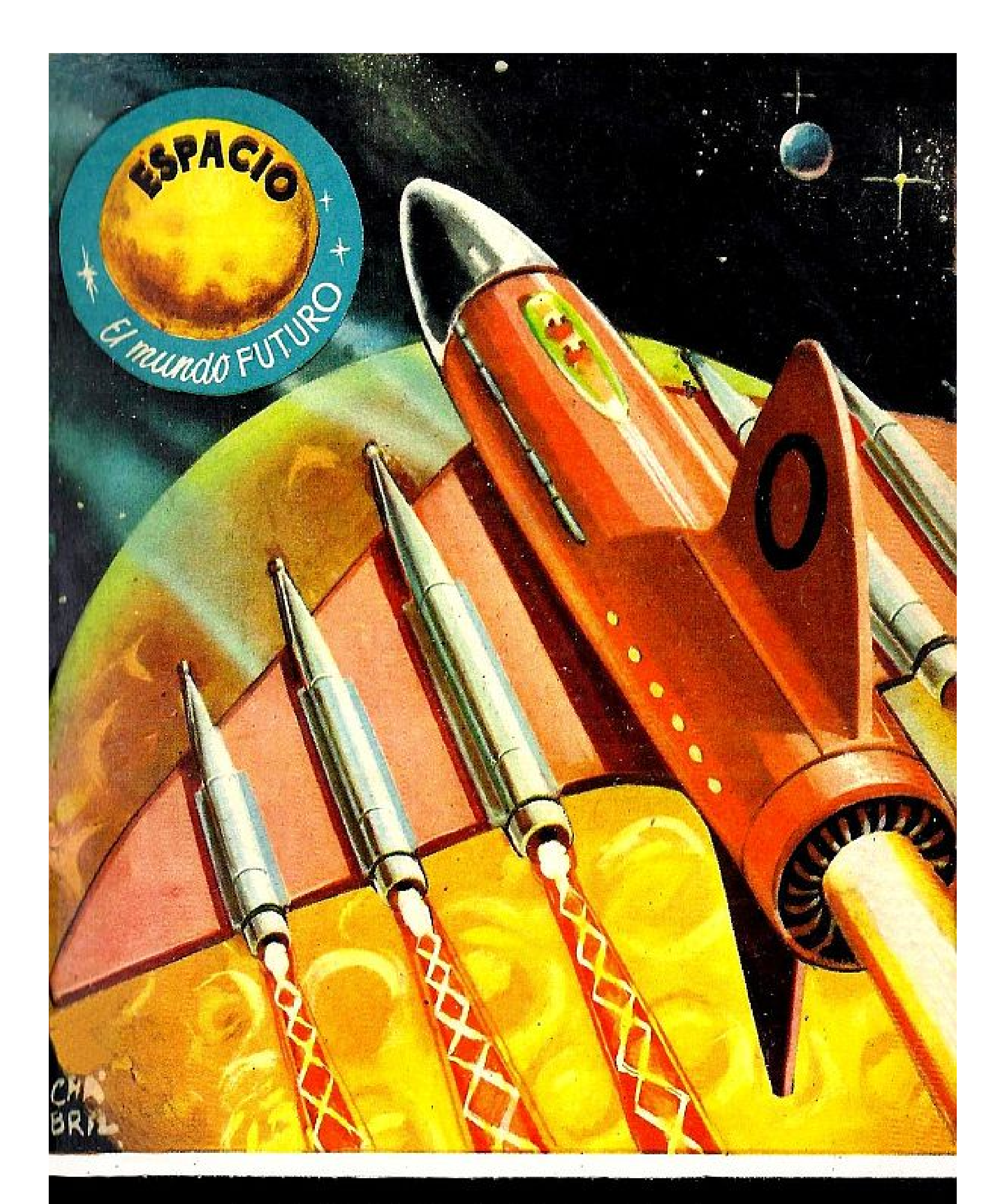


MENSAJE AL UNIVERSO

LOUIS G. MILK

En el centro de la habitación había un extraño aparato. En principio, en una mesa, un poco más larga que las que sirven para las operaciones quirúrgicas, sobre la cual había tendido un hombre, a primera vista dormido.

La mesa y el hombre estaban encerrados en un colosal cilindro de cristal con diversos orificios por los cuales pasaban las conexiones de los cables que unían el conjunto con una enorme máquina con aspecto de calculadora situada en uno de los lados de la estancia. Los orificios estaban sellados con goma para impedir la menor pérdida o entrada de aire al interior del cilindro, y en la máquina se veían, de vez en cuando, oscilar alternativamente algunas luces de diversos colores.



Louis G. Milk

Mensaje al universo

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 66

ePub r1.0
LDS 26.06.18

Título original: *Mensaje al universo*
Louis G. Milk, 1957
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




MENSAJE al UNIVERSO

CAPÍTULO PRIMERO



a habitación era grande, espaciosa y muy bien iluminada. Tenía el aspecto de un colosal quirófano y en ella se advertían los detalles inherentes a la más estricta asepsia. Metales espejeantes, blanquísimas porcelanas y vidrios translúcidos componían una sinfonía de agradables destellos que, en lugar de herir, descansaban la vista.

En el centro de la habitación había un extraño aparato. En principio, en una mesa, un poco más larga que las que sirven para las operaciones quirúrgicas, sobre la cual había tendido un hombre, a primera vista dormido.

La mesa y el hombre estaban encerrados en un colosal cilindro de cristal con diversos orificios por los cuales pasaban las conexiones de los cables que unían el conjunto con una enorme máquina con aspecto de calculadora situada en uno de los lados de la estancia. Los orificios estaban sellados con goma para impedir la menor pérdida o entrada de aire al interior del cilindro, y en la

máquina se veían, de vez en cuando, oscilar alternativamente algunas luces de diversos colores.

Había varios hombres, todos vestidos de blanco, yendo y viniendo en un aparente desorden, pero en realidad todos ellos cumpliendo con una misión. Uno de ellos dio una orden, y otro, obedeciéndola, se aproximó a la máquina y movió una palanquita. Las luces se apagaron instantáneamente.

Otro individuo vestido de blanco se acercó al cilindro. Tocó en un punto de éste y el tubo transparente se abrió por una de sus bases. Casi al instante la mesa salió rodando por sí sola, sin qué nadie, en apariencia, la moviera.

El hombre que había sobre ella, dormido tranquilamente a juzgar por su pausada respiración, era un gallardo ejemplar del sexo fuerte. Aun en su estado de reposo se advertía tanto su juventud como la energía reflexiva que era capaz de desarrollar en un momento dado. En él se veían reunidos la inteligencia y el músculo en perfecta y armónica conjunción.

Uno de los hombres de blanco se acercó a él con una jeringuilla hipodérmica en las manos. La miró un segundo al trasluz y luego la aplicó al brazo del dormido.

Treinta segundos más tarde el durmiente se sentó en la camilla, frotándose los ojos.

—¡Hola! —sonrió de un modo particularmente agradable.

—¿Se siente usted mejor, Folsey?

—Sí, gracias, doctor. Me, encuentro estupendamente. Solo… solo… —Y el joven se señaló el estómago con el índice significativamente.

El médico se echó a reír.

—Me lo suponía, Folsey. Venga conmigo.

El llamado Folsey se puso en pie y, tras un par de flexiones para asegurarse del buen funcionamiento de sus piernas, pasó a otra estancia. En ella había una mesa abundantemente provista.

Folsey aspiró el aire.

—¡Mmmm…! Esto parece muy apetitoso, doctor.

—Lo es, Folsey. Siéntese y dele duro.

El joven atacó la comida, de la cual, veinte minutos más tarde, no quedaban más que unos restos insignificantes. El médico, sonriendo, le alargó un cigarrillo que Folsey encendió con visible

placer.

—¿Y bien? —inquirió este último, expulsando una bocanada de humo.

El médico no contestó. Tenía al alcance de la mano un visoteléfono que puso en funcionamiento. Cambió dos o tres cortas frases con su interlocutor, y luego hizo una seña al ex paciente.

—Sígame, Folsey.

El joven se levantó y echó a andar tras el médico. Salieron a un pasillo a cuyo final había un ascensor, en el cual se metieron. Dos minutos más tarde, la puerta del ascensor se abrió y dos hombres aparecieron ante los ojos de Folsey y el médico.

—Aquí está su hombre, general —dijo el médico, dirigiéndose a uno de ellos.

—Gracias, doctor, Folsey, haga el favor de seguirnos.

Caminando rítmicamente, con el mismo paso, las tres personas llegaron al final del corredor. No parecía haber otra cosa que el muro, pero éste se abrió de pronto, dejando ver de nuevo un segundo ascensor.

Folsey sintió que se le doblaban las rodillas cuando el aparato tiró para arriba, con la velocidad de una bala. Sesenta segundos más tarde, casi saltó hasta el techo al frenar bruscamente el aparato.

Los tres hombres salieron fuera, donde se encontraron con otros cuatro, éstos todos armados con las temibles pistolas atómicas, capaces de hacer desaparecer la columna de Nelson de un solo disparo. Sin una palabra, sin un gesto, Folsey se colocó entre los cuatro soldados, y el grupo echó a andar, con paso sincrónico. El general y su acompañante se volvieron al ascensor.

Folsey llevaba la cabeza alta, erguida, pero sus pupilas procuraban captar toda la magnificencia del esplendor por el que estaba atravesando. Suelos espejeantes, columnas esculpidas con figuras de una increíble belleza, techos pintados por famosos artistas, todo ello, era lo que destacaba en el inmenso salón, con maravillosas vidrieras en dos de sus lados, salón de una longitud inacabable, y en el cual, flanqueando el camino, se veían de trecho en trecho, guardias armados como los que conducían a Folsey.

—«La célebre guardia negra del Supremo Coordinador» —pensó el joven, deteniéndose ante otra puerta.

Cuatro más hubieron de franquear, antes de que Folsey

terminara su viaje. Entonces, no pudo reprimir un grito de asombro.

Cualquier cosa hubiera esperado menos verse en aquel delicioso jardín, situado a cuatrocientos metras sobre la Ciudad, en el cual las espléndidas flores que se cultivaban recreaban la vista de una forma singular, en tanto que varios surtidores regalaban el oído con sus suaves murmullos. Folsey, estupefacto, se quedó plantado en el sitio.

—¿Te ha gustado, coronel?

El joven se volvió en el acto al oír la voz y se enderezó rígidamente. Levantó al frente la vista, sin mirar ya a nada ni a nadie.

—Descansa, descansa, coronel —dijo su interlocutor—. Estamos tú y yo solos y huelgan las actitudes protocolarias.

—Gracias, Coordinador. —Repuso Folsey.

Entonces, por primera vez, vio a su placer, el rostro que tantas veces había contemplado en fotografías y en los programas en tele-estéreos el rostro del hombre que, tan paternal como enérgicamente, gobernaba la Décima Federación Planetaria, antiguamente conocida como Confederación del Sistema Solar.

—Ven conmigo, coronel —dijo el Coordinador, tornándolo por el brazo. Folsey sintió en su carne la dura presión de los dedos de su interlocutor, desmintiendo con ello la aparente vejez de su venerado rostro.

Caminaron hasta una pequeña glorieta por un camino abierto entre unos parterres. En el centro había un refrescante surtidor. Unos cómodos sillones de espuma y una pequeña mesita con bebidas completaban la agradable decoración.

—Siéntate, coronel. Sírvete a tu gusto —dijo el Coordinador, dejándose caer pesadamente, exhalando un suspiro, sobre uno de los sillones. Vio el gesto de Folsey al tratar de llenar dos vasos y lo cortó con un seco ademán—: No, yo no; hace tiempo que he desdeñado esa clase de satisfacciones. Ah, y fuma si te parece; que mi presencia no te lo impida.

—Gracias de nuevo, señor —respondió Folsey.

Bebió y fumó en tanto que observaba atentamente al hombre que tan poca gente podía ver en persona.

Al cabo de unos momentos de silencio, el Coordinador empezó a hablar.

—Sin duda —dijo—, te preguntarás por qué hemos hecho todas esas cosas contigo, ¿no?

—Mi obligación es obedecer, Coordinador.

—¡Pamplinas, coronel! Ya sé que tu obligación es obedecer, pero no quiero autómatas a mi servicio; mejor dicho, al de la Federación. ¿Qué opinas de todo esto, coronel?

Los grises ojos de Folsey miraron pensativamente el vaso que tenía en la mano.

—Debe ser algo muy importante. Coordinador, cuando se toman tantas precauciones con un hombre de tan insignificante valía como yo.

—No digas tonterías —bufó el anciano—. No hay nadie insignificante en este mundo; por el contrario, tú eres una pieza muy valiosa en nuestro juego. Sabes parte de lo que tienes que hacer, ¿no?

—Sí, Coordinador.

—Pero no los motivos; éstos los ignoras.

—Así es, Coordinador.

El viejo lanzó un profundo suspiro.

Estoy cansado —dijo con apenas un murmullo—. Tan cansado que, de no hallarse nuestro mundo en una coyuntura tan gravísima, ya lo habría enviado todo al diablo y presentado mi dimisión. Sí, coronel, estoy muy cansado. Pero no me queda otro remedio que seguir en la brecha; si ahora dimitiera, nuestro mundo se hundiría y con él una de las civilizaciones más viejas del Universo. Aunque muera, he de seguir adelante. Y tú, coronel, no te ofendas por la comparación, eres uno de los caballos que tiran del carro que conduzco yo. Si el conductor desaparece, los caballos se desbocan o se detienen; en ninguno de los dos casos cumplen con su función, que es arrastrar el vehículo de una manera satisfactoria. ¿Vas entendiendo?

—Sus metáforas son claras en extremo, Coordinador.

—Gracias, coronel. Prosigo. Ya sabes que tienes que emprender una misión en extremo peligrosa, que has de atravesar el Universo de un lado a otro y que tienes que llegar vivo para entregar un mensaje. ¿Sabes cuál es su destinatario?

—El Presidente de la Cuadragésima Tercera Galaxia, Coordinador.

—Exacto, coronel. Para ser más breves, el Presidente de Namor. ¿Cuál es el mensaje?

El rostro de Folsey expresó claramente la extrañeza que sentía al oír la pregunta.

—No lo sé, Coordinador.

El anciano sonrió mefistofélicamente.

—Lo sabes, coronel.

—Coordinador, yo…

Una seca mano se alzó imperativamente.

—Déjame que te explique, coronel. Has estado allá abajo, en la sala de operaciones, porque necesitábamos inculcarte el mensaje que has de llevar en lo más profundo de tu mente. No en el subconsciente, donde se alojan los sueños que un día, de modo inesperado, mediante un choque emocional, surgen a la superficie, traicionándonos. En esta ocasión, no ocurrirá tal cosa, coronel. El mensaje sólo se sabrá cuando, allá en Namor, se te someta a una operación similar.

Folsey demostró el asombro que sentía aplastando el cigarrillo y encendiendo otro a continuación. El Coordinador prosiguió.

—Nuestro mundo está en peligro, en un gravísimo peligro. No es ya el de una guerra localista, sino el de una destrucción total, con la desaparición de la Décima Federación de Planetas de este rincón del cielo, dejando en su lugar un agujero tan negro como si antes no hubiera existido nada. Esto es lo que trato precisamente de evitar.

—¡Diablos! —exclamó impulsivamente Folsey. Se arrepintió acto seguido—: Perdón Coordinador.

El anciano sonrió benignamente.

—Es lógico que te asombres, coronel. A cualquiera le ocurriría lo mismo.

—¿Puedo hacer una objeción, Coordinador? —preguntó el joven cortésmente.

—Puedes, coronel. Adelante.

—Si solamente se trata de un mensaje ordinario de petición de socorro, ¿por qué no usar las líneas y claves corrientes, Coordinador? O bien, si he de llevarlo yo en persona, ¿por qué hacerlo de una forma tan secreta y tan digamos intrigante?

—Porque no solamente llevas el

S. O. S.

de la Décima Federación, sino otros muchos datos que el enemigo no debe conocer. Todo cuanto te hemos hecho lo ha sido en el más absoluto de los secretos. Y lo hemos hecho, precisamente, porque puedes caer prisionero.

Folsey expresó su incomprensión claramente.

—Sí —prosiguió el Coordinador—; pudieras caer prisionero y ser sometido a tortura para revelar lo que sabes. El procedimiento que hemos empleado contigo es algo totalmente nuevo y en caso de ser apresado, sólo perderíamos un coronel, pero el mensaje quedaría intacto y sin revelar para ellos. ¿Entiendes ahora?

—Creo que sí, Coordinador —murmuró apagadamente Folsey.

—Saldrás para Namor lo antes posible. Te advierto que el viaje no va a ser nada de agradable. Nuestros enemigos, las Galaxias Cincuenta, Sesenta y tres y Setenta y cinco; es decir, Kaidia, Lithenia y Lokok tienen espías por todas partes. No abrigo siquiera la esperanza de que tu viaje se mantenga oculto. Pero confío en ti, en tu valor, en tu habilidad, y en tu inteligencia, para llevar a buen término la empresa. Tú, coronel Bill Folsey, llegarás a Namor y entregarás tu mensaje.

—¿Y… cómo me reconocerán allí?

—No te preocupes por eso. Ya tengo convenido con el presidente un código para nuestros mensajeros especiales, como tú, y ellos sabrán dar contigo.

—Coordinador, yo procuraré hacer todo cuanto esté a mi alcance…

El viejo levantó otra vez la mano.

—La lengua quieta, coronel, la lengua quieta. Ya sé que lo harás; precisamente por eso se te eligió. Si supieras la cantidad de tiempo y hombres que hemos empleado para investigarte antes de darte el «empleo», te desmayarías del susto. Tú vas porque hemos considerado que eres el mejor, y con eso está dicho todo.

—Gracias, Coordinador.

—No me las des, coronel —sonrió el anciano con una extraña mueca—. Quizá antes de una semana me estés maldiciendo. Y ahora, toma este sobre. Lee lo que hay escrito en su interior. Sin precipitaciones; en estos casos, es cuando mejor aplicación tiene el refrán: «Vísteme despacio, que tengo prisa,»

Aturdido, Folsey abrió el sobre del que extrajo, en primer lugar,

una lista de nombres. La leyó en voz alta. Era su tripulación:

- Hank Vinson, copiloto.
- Fred Medilla, segundo copiloto.
- Jean Legros, ingeniero y navegante.
- Lincoln Baker, técnico en comunicaciones.
- Hsu-Ling-Foo, cocinero y jefe de artillería.
- Naradiar, radarista, y artillero 2º.
- Mokando Goi, médico.
- Bertrán Kinn, tripulante.
- Genaro Sánchez, tripulante,
- Gho-Tcha,
  tripulante.
- Owen McRaish, tripulante.
- Cari Renner, tripulante.

Cuando, hubo terminado, Folsey alzó la vista. El Coordinador, dijo:

—Además de su función específica, cada Uno de esos hombres, sabe cumplir tres o cuatro más, de modo que, caso de alguna baja, el hueco quedaría suplido automáticamente. Tú, coronel, serás el jefe absoluto, y tus decisiones tendrán carácter inapelable. Ahí se dice, en esos documentos, que quemarás apenas los hayan leído los miembros de la dotación.

—Pero… pudiera ser que me mataran. ¿Qué ocurriría con el mensaje?

De nuevo volvió a sonreír el Coordinador.

—El caso está previsto. Tus doce acompañantes tienen también imbuido el mensaje en su mente. Naturalmente, al igual que tú, lo ignoran. Y una vez entregado, seguirán como hasta ahora. A no ser que se lo revelen después de la operación que habrán de sufrir en Namor, —solamente si faltases tú, claro está—, no lo sabrán en el resto de sus días. Vivirán felices, ignorando que en lo más profundo de su cerebro llevan una serie de palabras que, hoy día, pueden ser nuestra salvación. Y aún hay más todavía: tú sabes que tienes grabado el mensaje. Ellos lo ignoran. He ahí la diferencia entre el jefe y la tripulación, coronel.

—Sí, Coordinador —repuso Folsey, repasando pensativamente la

lista.

Al cabo de unos momentos, levantó la cabeza inquiriendo.

—Veo aquí algunos nombres raros, Coordinador. Naradiar me suena a marciano.

—Lo es. Y Gho-Tcha, venusino. Mokando Goi, el médico, congolés. Hay dos españoles, un francés, un alemán, un chino… ¿Qué importa la nacionalidad cuando se trata de salvar la Federación?

—Tenéis razón, Coordinador —contestó Folsey—. Es un detalle accesorio.

—Sí, coronel. Otra cosa: ya sabes que tú eres el capitán y el jefe de la expedición. Sé duro y teníos unidos, formando un equipo. No toleres rencillas ni discusiones. Si es necesario dar un escarmiento, dalo… sin paliativos. Yo te respaldaré plenamente, hagas lo que hagas, si al fin consigues llegar a Namor, ¿entiendes? Te permito hasta la pena de muerte que ejecutarás implacablemente, si con ello consigues mantener la disciplina y conseguir el éxito.

—No creo que sea necesario apelar a tales extremos, Coordinador.

—Quisiera creerte, coronel. Y ahora… Oh, cuánto te envidio. Daría cualquier cosa por ir en tu lugar. Pero no puedo, no; me es absolutamente imposible. Escucha, Folsey, voy a hacer una excepción en tu honor. Brindaré contigo por el éxito de la expedición. Sírveme dos dedos de ese jerez tan aromático que hay ahí.

—Sí, Coordinador —repuso Folsey, llenando los vasos.

Los alzaron a un tiempo.

Folsey cerró los ojos para mejor saborear aquél estupendo vino, pero de pronto oyó un ruido extraño. Los abrió de nuevo y lo que vio le paralizó el corazón.

El Coordinador estaba derrumbado sobre su sillón, lívido, con una mano sobre su pecho, jadeando angustiosamente. La copa yacía rota en mil pedazos en el pavimento de mosaico.

Folsey saltó hacia él. AI instante, el olor de almendras amargas característico del ácido prúsico le hirió desagradablemente el olfato. Una violácea espumilla apareció en los labios sin color del anciano.

El Coordinador movió la cabeza pesadamente. Farfulló algo, sólo

inteligible a medias.

—No… ya… tarde… Corre… mensaje… entrégalo a Ir…

El viejo calló. Hubiera caído al suelo, de no haberlo sujetado Folsey. Éste se incorporó lentamente, sabiendo que le cabía la triste gloria de ser el primer habitante de la Décima Federación de Planetas que había, visto muerto al Coordinador.

CAPÍTULO II

on la lista de la tripulación en la mano, el coronel Folsey escruto atentamente todos y cada uno de los rostros de las personas que tenía delante. Aunque procuró no demostrarlo, sintió una viva satisfacción al darse cuenta de que eran unos hombres con quienes podría contarse para todo y con cuyo apoyo llevaría a buen fin la misión que les había sido encomendada. Estaban en la cámara comedor de la astronave, todavía uncida al yugo de una estación orbital, girando con ésta, a cuarenta mil kilómetros de altura sobre la Tierra, a unos veinticinco mil a la hora. Pasados unos momentos, cada uno de los presentes ocuparía su puesto, y con sólo aumentar un poco la velocidad, obtendrían la suficiente energía para despegarse de la gravitación terrestre y emprender su camino rumbo a las estrellas.

Sí, allí estaban todos. Vinson y Medilla, los copilotos, un gigante el primero y un manojo de latinos nervios el segundo, pero hábiles, astutos y decididos; el parlanchín y regordete Legros; el impasible

Ling; Naradiar, el marciano, de extraña morfología humana, más parecido a un quelonio viviente que a un hombre, con su epidermis cubierta de gruesas placas óseas, al modo de las tortugas; la brillante piel negra del inteligente médico africano, Mokando Goi; el verdoso
Gho-Tcha,
indígena de Venus, armónicamente proporcionado, sin embargo; y luego, el resto de la tripulación, Kinn. Sánchez, McRaish y Renner, mostrando en sus inescrutables rostros su indudable procedencia europea…

Folsey rió para sí, al pensar que todos y cada uno de sus tripulantes tenían grabado en su mentes Un mensaje que jamás alcanzarían a saber, y cuya importancia, aunque se les dijera, tampoco comprenderían. «Bueno —se dijo—, esto es cosa del Coordinador… Lástima que lo asesinaran; era un hombre de valor. Afortunadamente, el Vicecoordinador tampoco es manco y más afortunadamente todavía, estaba enterado del plan, por lo que nadie se metió con él cuando se descubrió el crimen…».

Siguió un brevísimo instante con sus pensamientos. «Yo y doce hombres más». Esto me recuerda, salvando las inevitables comparaciones, una situación parecida que sucedió hace casi tres mil años… ¿Habrá algún traidor entre estos doce? También El trajo un Mensaje a la Tierra y se buscó doce colaboradores para extenderlo por la faz del globo. Pero uno le traicionó. ¿Quién de éstos será? Oh, Bill, no seas tan susceptible; te los eligieron precisamente por su fidelidad; no es posible que ninguno de estos doce…

Se interrumpió súbitamente, frunciendo el ceño. Hasta entonces no se había dado cuenta que en la dotación faltaba uno. Precisamente…

—¿Dónde diablos está I. Lincoln Baker? —Gruñó irritado.

Una voz, fresca, juvenil, desenfadada, le dio la respuesta.

—¡Presente, coronel! —Y doce pares de ojos se volvieron al instante hacia la puerta. Doce exclamaciones fueron reprimidas también al instante.

Una mujer, una muchacha, avanzó con desenvoltura hacia el grupo. Al llegar a la altura del coronel, se detuvo, llevándose enérgicamente la mano a la sien derecha.

—Presente I. Lincoln Baker, técnico en comunicaciones, señor —dijo la joven.

Bajo un casco de dorados cabellos, muy cortos, Folsey vio unos ojos azules, de un tono inimitable, una naricilla agradablemente respingona, y una boca firme y enérgica, de labios rojos bien trazados, con muy poco artificio en ellos. Las proporciones del cuerpo no podían ser más estatuarias y correspondían en un todo con la imagen que uno se hubiera formado al verla solamente la cara.

—¿I. Lincoln Baker? —balbució Folsey, terriblemente desconcertado—. ¡Una mujer!

La aludida se miró de arriba abajo.

—Sí, una mujer, coronel. No he cambiado de sexo durante mi travesía de la tierra a la estación orbital.

Folsey endureció su ceño.

—¿Y por qué precisamente una mujer? —gritó—. ¿Es que no había más técnicos en comunicaciones que usted allá abajo? ¿A qué cien mil veces maldito idiota se le ocurrió esta cien mil veces maldita idea?

—Eso no lo sé, coronel. Me nombraron para viajar en una expedición mandada por usted, y aquí estoy. No le digo que si quiere busque a otro, porque es imposible; las órdenes de la Suprema Coordinación no se discuten, se ejecutan.

Folsey se mordió los labios. I. Lincoln Baker tenía razón de sobra. Por más influencia que tuviera, por más empeños que utilizara, no podría conseguir nada. «Su» técnico de comunicaciones era la muchacha y tendría que seguir con ella hasta el término de su viaje o perecer en la empresa.

—Además de todo cuanto hay que hacer, aún tendré que cuidar de ella —masculló entre dientes.

—¿Eh? ¿Cómo decía usted, coronel?

Folsey se sobresaltó.

—No, nada, nada, señorita Baker. A propósito, ¿qué quiere decir esa I delante de sus apellidos?

—Ingrid, señor. Es mi nombre, ¿sabe?

—Ya —contestó Folsey, procurando ocultar el despecho que sentía. Alzó la voz de pronto—: ¡Muchachos, ocupen cada uno su puesto; vamos a partir inmediatamente!

La formación se deshizo al momento. Algunos de los tripulantes aún tuvieron tiempo de timarse con Ingrid, la cual les favoreció con sendos guiños de ojos. Folsey, atento, lo observó, y ello le hizo rechinar los dientes.

—Tendré que estar al tanto —masculló para sí.

—No me extrañarla que dentro de poco los duelos a cuchillo se pusieran a la orden del día.

Diez minutos después la enorme nave, pertrechada como una de guerra, despegaba de la base espacial. A través de las portillas, Folsey vio, en los observatorios de la enorme rueda que dejaban atrás, numerosos grupos de turistas que contemplaban la marcha de su nave.

Pensó con amarga ironía en los comentarios que aquellos desocupados estarían haciendo. «Bah, una nave de guerra en misión de patrulla por el espacio. Todos los días salen astronaves como ésta. Es una cosa corriente…».

Sí, una cosa corriente… en apariencia. Pero aquellos curiosos ignoraban que acaso ninguno de los miembros de la dotación volviera a ver jamás su mundo nativo, y que la muerte, en sus mil variadas formas, a cual de ellas más horrible, les estaba aguardando en cualquiera de aquellos millones de puntos luminosos que constelaban el Armamento.

Poco a poco la nave fue ganando velocidad, con una aceleración suave, sin estremecimientos, sin sacudidas. Parecía que aún no se había movido, cuando ya la base espacial se había esfumado y la Tierra se había convertido en un plateado disco, poco mayor que la Luna.

Cuando al fin estuvieron en su órbita, en tanto Vinson luchaba por dar al aparato el máximo de su velocidad, Folsey tomó un diminuto micrófono y pidió:

—¡Señorita Baker, conexión general, por favor!

—Al momento, coronel le respondió Ingrid, y casi en el acto Folsey oyó una bronca voz, seguida de una cristalina carcajada de la muchacha.

El coronel crispó los puños. Se dijo que tendría que estudiar los tonos de voz de sus hombres. ¿Quién le estaba contando chistes a Ingrid?

—Su conexión hecha, señor —dijo la clara voz de la chica, y

Folsey sacudió la cabeza.

Carraspeó para aclararse la voz.

—No tengo grandes, cosas que decirles, muchachos —empezó—. Creo que ya todos saben que hemos sido designados para una misión de gran importancia. Tengo que llevar a la capital de la Cuadragésima Tercera Galaxia, más conocida por el nombre de Namor, un mensaje. Es de todo punto importante que ese mensaje llegue a manos del Presidente de Namor, y llegará, os lo aseguro. Tan importante es y tan ultrasecreto, que no se ha considerado oportuno confiarlo a los medios ordinarios de comunicación, y por eso se me eligió a mí… y a ustedes. Yo soy el encargado de llevarlo y ustedes tienen la misión de ayudarme. Pero aquí no estará de más advertirles que hay quien tiene tambiénla misión de impedirme la llegada a Namor, y lo hará, por todos los medios a su alcance, por arteros e innobles que sean, ¿me comprenden?

Hubo una breve pausa. Una voz se alzó por el sistema interno de comunicación.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—Puede. Está en su derecho y yo en el deber de contestarlas a todas… perdón, casi todas. ¿Quién es usted y de qué se trata?

—Sánchez, señor, segundo navegante. ¿Qué ocurrirá si usted muere? Discúlpeme que lo exponga de una forma tan rotunda, pero tal como usted lo ha pintado, muy bien pudiera surgir esa contingencia, y no se ofenda por ello, señor. —Nada de eso, Sánchez. Es más, celebro que haya sacado a colación el asunto. Yo iba a decírselo también. Si yo muriera, ustedes seguirían a pesar de todo a Namor. Si todos menos uno murieran, el superviviente debería llegar a Namor, haciendo lo imposible.

—Pero ese superviviente ignora el contenido del mensaje Coronel —objetó otra voz, la cual se identificó al instante—; soy el médico, señor.

—No se preocupen por el mensaje ni su contenido. Ustedes, y yo, por supuesto, debemos tener, como principal preocupación, cómo única, mejor dicho, la de llegar al término de nuestro viaje. Eso es todo lo que tenemos que hacer. Lo demás…

Alguien silbó largamente. Luego se excusó con rapidez.

—Dispénseme, señor. Soy McRaish, tripulante.

El silbido de McRaish relajó un tanto la tensión que habían

provocado las palabras de Folsey.

—No se eche a llorar, muchacho. Lo único que quiero que tengan todos en cuenta es que el camino no va a estar precisamente sembrado de pétalos de rosa. Casi con toda seguridad, habrá que luchar, y luchar de firme, más que por nuestras vidas, por el mensaje.

—¡Cáspita! —Gruñó alguien—. Esto es más serio de lo que parece.

—Lo es, señor…

—Vinson, copiloto, señor.

—Ponga cien ojos en la navegación y otros tantos en las armas de a bordo, Vinson. Lo más probable es que suframos asedios, asaltos, persecuciones, en fin, todo lo malo que ustedes quieran pensar y un poco más. No me gustó nunca andar con rodeos con mi gente, y no voy a hacer ahora una excepción.

—Tendré que afilar mi navaja desde ahora —dijo la voz de Sánchez, y estas palabras tuvieron la virtud de provocar una carcajada general, rompiendo un poco la tensa atmósfera que había reinado últimamente.

Folsey también rió.

—Pero no la enseñe mucho, Sánchez; el enemigo acaso podría darse cuenta de ello y ponerse una coraza.

Folsey iba a dar por concluida la conferencia, cuando una voz resonó de nuevo a través de los altavoces. No necesitó preguntar el nombre de su propietario; el chirriante tono de los marcianos delataba a la legua el origen de la voz. Naradiar habló a continuación:

—Coronel, usted habló de enemigos. Sabemos que las cosas interestelares no van muy bien y que ha habido roces y hasta pequeñas disputas. ¿A quiénes hemos de considerar como enemigos?

—Tiene usted razón, Naradiar; había olvidado ese detalle. Bien, según los informes que se me comunicaron, debemos considerar como enemigos a todo individuo procedente de Kaidia, Lithenia y Lokok, y, en consecuencia, tratarlos como a tales.

—¡Pero no hay estado de guerra entre ellos y nosotros, señor! —objetó repentinamente la propia Ingrid.

—No abiertamente, con declaración formal, ni siquiera hay una

guerra de tipo interplanetario. Pero sí la hay de ese tipo menudo y exasperante, contra la cual no se puede hacer otra cosa que devolver los golpes del mismo modo que se reciben: es decir, tan subrepticiamente como se pueda. Si ellos nos destruyen, nadie en la Décima Federación hará la menor reclamación. Si nosotros pulverizamos una o media docena de naves de la Triple Coalición, tampoco nos ocurrirá nada. ¿Entendido?

—Esperemos que ésta, guerra fría no se caliente demasiado, coronel —suspiró Ingrid—. Bueno, cuando menos, espero que antes de diñarla nos divirtamos un poco.

—Le advierto, señorita Baker, que no hemos venido aquí para divertirnos —dijo severamente Folsey.

—Lo quise decir únicamente en sentido figurado, señor —contestó ella contrita.

Folsey decidió que ya era hora de terminar.

—Bien, por hoy ya basta. Si alguno, particularmente, desea alguna aclaración, tendré mucho gusto en proporcionársela. ¡Vinson!

—¡A la orden, señor!

—Usted es el segundo. Distribuya las guardias, incluyéndome a mí, ¿entiende?

Hubo una pausa de general silencio. Luego, el copiloto murmuró, estupefacto:

—¿A… usted también, señor?

—Creo que me he explicado bien claro, Vinson —exclamó Folsey con frialdad, alargando la mano y serrando el conmutador.

Sentado ante su mesa de trabajo, empezó a cumplir con las mil obligaciones de un capitán de espacionave que la rutina reglamentaria imponía. El diario de a bordo, los «*dossiers*» de los tripulantes, los informes, mil y mil papeles que era preciso llevar al día, sin olvidarse del menor detalle, como si, en lugar de llevar un mensaje de interés universal, les hubieran encomendado únicamente una aburrida patrulla espacial.

Tres días más tarde, cuando la muñeca derecha del coronel empezaba a dolerle ya de tanto escribir, notó el parpadeo de la lucecita de su intercomunicador.

Alargó la mano y dio el contacto.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

La excitada voz de Ingrid le llegó hasta sus oídos con rápidos acentos.

—Escuche esto, señor —dijo la muchacha.

Lo primero que oyó Folsey fue una escandalosa serie de estáticos, procedentes de las radiaciones estelares, todavía lejanísimas. Pero poco a poco, Ingrid, con habilidad suprema, fue eliminando ruidos innecesarios.

—*¡Mayday, Mayday!* —Oyó de pronto el coronel, estremeciéndose.

La llamada universal de socorro acababa de cruzar el éter a trescientos mil kilómetros por segundo. Las fatídicas palabras[1] que desde hacía novecientos años se usaban para indicar que una nave, cualquiera que fuera su clase, marítima, atmosférica o espacial, estaba en peligro, impactaron duramente en el cerebro de Folsey.

—*¡Mayday, Mayday!* —Volvió a oír, con toda claridad, y abrió la boca para dar la orden que haría desviarse del rumbo.

Pero casi inmediatamente se contuvo. En lugar de la primera orden, dio otra.

—Capitán a copiloto. Conecte inmediatamente todas las pantallas de energía.

Folsey oyó claramente una serie de sorprendidas exclamaciones. Era evidente que la dotación había esperado cualquier cosa menos aquello.

—¡Coronel! —chilló la joven—. ¡Están pidiendo socorro! ¡Nosotros podernos ofrecérselo! ¿Para qué las pantallas de energía?

—Medilla —siguió Folsey impasible—, ¿hizo lo que le dije?

—Pantallas de energía conectadas, señor —se oyó la desganada voz del segundo copiloto.

—Gracias, Medilla —dijo Folsey, impasible, estrujando con sus manos una cuartilla de papel.

—*¡Mayday, Mayday!* —Volvió a oírse, y luego, aquella lejana voz, perdida en un rincón de las estrellas, continuó—: Aquí, espacionave «Claro de Luna». Estamos siendo atacados por dos naves sin identificar. ¡Mayday, Mayday! Patrullas de vigilancia, *¡Mayday, Mayday!*

—Coronel, les van a destruir —gritó Ingrid.

Folsey no contestó. La muchacha tornó a la carga.

—¿Es que no piensa acudir en su socorro?

—Puede tratarse de un ardid, señorita Lincoln.

—¡Nadie usa la llamada de socorro para, tales menesteres, coronel!

—No olvide que tenemos una misión que cumplir, señorita Lincoln, y entre las cosas que tenemos que hacer, no figura el acudir en socorro de naves atacadas por unos bandidos.

—Estamos armados, somos más fuertes que ellos, coronel.

—¡Cállese o la encierro, señorita! —bramó Folsey, harto ya—. Sé lo que me hago y usted me obedecerá, quiera o no, ¿me entiende?

Unos segundos más tarde le llegó la respuesta de la muchacha.

—¡Es usted un monstruo sin entrañas, coronel! ¡Oh, permitir que…!

—¡Aquí, espacionave «Claro de Luna»! ¡Regresamos de Saturno con ochocientos pasajeros! ¡Por el amor de Dios, socórrannos! ¡Hemos recibido ya dos torpedos y tenemos una cámara atestada de cadáveres! Uno de nuestros motores ha perdido el equilibrio nuclear y puede estallar en cualquier momento. *¡Mayday, Mayday!*

Repentinamente, una detonación se dejó oír a través de los altavoces. El locutor volvió a hablar, en medio del tenso silencio con que a miles de kilómetros era escuchado.

—Otro torpedo. Ochenta muertos y más de cien heridos. Hemos perdido dos pantallas protectoras de la radiación, y esto se pone muy caluroso[2]. Por favor, patrullas del espacio, navegamos con mucha dificultad y no podemos esquivar los ataques del enemigo.

Folsey se mordió los labios hasta sentir el salino regusto de su propia sangre. Los nudillos le blanqueaban en tanto que las uñas se le clavaban en las palmas de las manos. Pero no podía exponerse a un riesgo semejante. Podía ser verdad el drama que percibían a través de las ondas hertzianas, pero también podía tratarse de una argucia de alguna nave perteneciente a la Triple Coalición. Se mantuvo firme en su puesto, en tanto sus ojos miraban sin ver, la pared frontera.

—Por favor, coronel, vayamos en su socorro —sollozó Ingrid.

—Lo siento, es imposible.

—Son ochocientos seres que están destinados a una muerte horrible, señor.

—Si nosotros no llegamos a Namor, morirán muchísimos millones más, señorita.

—Pero… nuestras pantallas de energía…

—Nos protegerían, ya lo sé, pero también nos delataríamos surgiendo en aquel lugar del espacio. A lo que parece, hasta ahora no nos han descubierto, y debemos continuar pasando desapercibidos.

De nuevo volvió a oírse la clamante voz del radiotelegrafista del «Claro de Luna».

—Patrullas del espacio, esto es un infierno. Más de la mitad de la tripulación y el pasaje están muertos ya. Hay unos cien heridos, abrasados vivos por las radiaciones, y otros tantos a causa de los choques y la metralla. Por amor de Dios, patrullas del espacio, venid pronto…

Una nueva detonación se sintió a través de la radio. A Folsey le pareció que el torpedo había estallado allí mismo. El locutor calló.

Los gemidos de Ingrid se oyeron claramente a través del sistema interno de comunicaciones. Folsey se la imaginó doblada sobre sus paneles, sus hombros agitándose espasmódicamente, pero no podía hacer nada. Impasible, encendió un cigarrillo.

Se dio cuenta de que su impasibilidad era más fingida que real: la mano le tembló al sostener el fósforo. No obstante, consiguió inhalar el humo.

—*¡Mayday, Mayday!*, por última vez… —Lloró el radio—. Ya no podemos hacer nada más… Rogad, por nosotros… Apenas si quedan ya un centenar de supervivientes, los cuales, caso de salvarse, morirán, moriremos todos, radiactivados hasta la médula de los huesos… Han saltado todas las pantallas protectoras y tenemos tres motores en estado inestable… En cualquier momento pueden estall…

El fenomenal chispazo que produjo la explosión del «Claro de Luna» llegó al mismo tiempo que el último sonido del torpedo que había acelerado el desequilibrio de los motores atómicos. Un segundo se iluminó el cielo a cientos de miles de kilómetros de distancia, y luego, el negro espacio adquirió su habitual aspecto silencioso.

Parsimoniosamente, Folsey aplastó el cigarrillo contra el cenicero. Tomó de nuevo el lápiz y continuó escribiendo.

Pero antes cerró la comunicación para no escuchar el llanto desgarrado de la muchacha.

CAPÍTULO III



ing-Foo

asomó su inexpresivo rostro por la puerta de la cámara del capitán y dijo:

Señol, mesa estal selvida. Manjales enflial si usted no acudil plonto.

Folsey levantó la cabeza y se echó a reír.

—Ling, hijo de mil dragones tuertos, habla como las personas. Tú sabes hacerlo.

El oriental denegó.

—Imposible ahola, señol.

—¿Por qué? —inquirió extrañado el coronel.

—Estal haciendo de cocinelo. Cuando yo hacel de directol de artillelía, entonces hablal como pelsona nolmal —dijo Ling muy serio.

Folsey volvió a reír y, arrojando el lápiz metálico sobre su imantado alvéolo, se puso en pie.

—Eres un demonio, Ling. Bien, vete para allá; ahora mismo te sigo.

—Glacias mil, señol —dijo el chino, haciendo una profunda reverencia del más puro estilo mandarín, con las manos cruzadas sobre el pecho, y retirándose, Maquinalmente. Folsey encendió un cigarrillo.

Vaciló, en tanto que expelía el humo, sobre la conducta que debía seguir. ¿Pediría la comida, haciendo que se la sirviese Ling allí mismo? ¿Acudiría al comedor? Tentado estuvo de hacer lo primero, pues no ignoraba que en la nave reinaba una tensa atmósfera, que no era precisamente de simpatía hacia él, después de lo ocurrido con el «Claro de Luna». Pero también se dijo que no tenía objeto diferir el choque, ya que tarde o temprano, tendría que relacionarse con los miembros de su dotación para algo más que las simples cuestiones del servicio, y que un momento u otro tendría que hacer lo que entonces tanto le costaba. «A fin de cuentas —se dijo, como para tranquilizarse a sí mismo—, no hice otra cosa que cumplir con mi obligación. Vamos para allá, Bill; el mundo no se hizo nunca para los indecisos».

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y, saliendo al pasillo, se colgó de una correa transportatriz, siguiendo el rumbo hacia el comedor. En una nave como aquélla, donde la comodidad era postergada a la eficiencia, la gravedad brillaba por su ausencia y se precisaban aquellos artificios para trasladarse de un sitio para otro. En cambio, en las naves comerciales había un décimo de gravedad, suficiente, empero para mantener los pies sujetos al suelo, gravedad que era proporcionada por un lento giro de la cámara de pasajeros alrededor de su eje, simulando así, con la fuerza centrífuga, la falsa atracción que daba un cierto aspecto de normalidad a la vida en el espacio.

Al llegar a la puerta del comedor, se soltó, caminando unos cuantos metros hasta llegar a su silla, cuyo respaldo pescó al vuelo, quedando así frenado. Se sentó en medio de un ambiente de no disimulada hostilidad.

Obsequiosamente, Ling vino con una fuente, de la cual se sirvió. Le dejó también una botella de plástico, llena de agua, con una pajita. Entonces se dio cuenta Folsey de que tenía apetito.

—¿Celveza, señol? —dijo el chino.

Folsey denegó, pinchando un suculento trozo de carne con el tenedor.

Entonces entró Ingrid. Lo primero que hizo, al ver al coronel allí, fue torcer el gesto.

Todos, al verla, se levantaron automáticamente. Ingrid agradeció la deferencia con una inclinación de cabeza. Ling fue hacia ella apresuradamente.

—Pol favol, señolita… —dijo, tomando el respaldo de una silla. Pero la joven meneó la cabeza negativamente.

—Gracias, Ling. Si le es igual, llévеme una bandeja con comida, a mi habitación.

Dejando el tenedor sobre el plato, Folsey se puso en pie.

—No es necesario que se vaya, señorita Baker. Yo seré quien lo haga en su lugar.

La muchacha abrió los ojos. Se sonrojó.

—Yo… la verdad…

—No siga, por favor. Tratar de arreglarlo, sería aún peor. Ya sé que me considera como una hiena rabiosa o algo por el estilo, pero yo no tengo la culpa de las órdenes que se me dieron. Me habría gustado tenerla en mi situación cuando el atraco al «Claro de Luna».

Ingrid avanzó la mandíbula con decisión.

—Los habría socorrido, sin vacilar.

—Echando a perder el éxito de la expedición, sin duda alguna —murmuró sombríamente el coronel—. Por el bien de la Federación deseo que si muero yo quede alguien con categoría superior a la suya, y, por supuesto, con más sesos que usted dentro de su cabeza para comandar la espacionave.

—Que ese supuesto comandante no sea yo, coronel, porque entonces, si se presenta un caso análogo, obraré como usted no lo supo nacer.

Folsey volvió vivamente la cabeza. No era Ingrid la que había hablado, sino el regordete Legros, su ingeniero y navegante.

Se acarició suavemente la mandíbula.

—Es la primera vez que emprendo un vuelo espacial sin conocer y, por tanto, sin haber elegido a mi tripulación. De lo contrario, usted andaría ahora limpiando residuos radiactivos en Oak Ridge, Legros.

Legros soltó una risita.

—Celebro que me enviaran aquí sin contar con su aprobación, coronel. De todas formas, si hubiera supuesto lo que es usted capaz de hacer, me hubiera dejado fusilar antes de aceptar el puesto.

—Y le hubieran fusilado sin duda alguna, Legros —contestó rápidamente Folsey—. Demasiado sabe que no es posible discutir las órdenes de la Coordinación.

—Pero sí las suyas, coronel.

—Entonces, ¿por qué no se fue a la cámara de mandos y varió el rumbo, acudiendo en socorro de la nave atacada?

Legros se mordió los labios, no sabiendo qué responder. Por fin, estrujando la servilleta de celulosa, se puso en pie.

—Avíseme cuando venga usted a comer, coronel, para yo estar ausente. Padezco del estómago, ¿sabe?

Silbando desdeñosamente una vieja cancioncilla, el francés se marchó, no sin guiñar el ojo a Ingrid, al pasar por delante de la muchacha. Ésta no sabía qué hacer ahora. Se daba cuenta de que quizá había ido demasiado lejos.

Mientras tanto, Folsey paseó su mirada por los que habían sentados a la mesa. Con excepción de Legros, faltaban dos, los de guardia, que eran Naradiar y Renner. Todos los demás, comían en silencio, la vista fija en los platos, como si él no estuviera allí, como si fuera un simple adorno de los metálicos «placards» de la cámara.

Suspiró y salió de su silla.

—Está bien —dijo—, sigan comiendo. Les ahorraré mi presencia en todo cuanto sea posible. Ling, lléveme algo de comer a mi cuarto.

—Sí, señol —asintió el oriental, con una nueva reverencia.

Ingrid alargó la mano.

—¡Coronel…! —Pero ya el aludido era arrastrado por una de las correas transportatrices.

La muchacha quedó en pie unos segundos, en actitud dubitativa. Al fin, la voz de Vinson la sacó de su actitud.

—Vamos, señorita, échese las penas a la espalda, y siéntese a comer. Con el estómago lleno, las cosas se ven de un color optimista, completamente diferente.

Ingrid asintió quedamente. Dejó que fuera el propio Ling quien la llenara su plato. Mientras, murmuró:

—Acaso me excedí en mis críticas.

Alguien rió estruendosamente.

—Para mí que usted le dijo poco, señorita Baker —exclamó McRaish—. Es un inflado saco de orgullo, que sólo espera progresar a costa de nosotros. ¡Maldito bastardo!

—Estoy contigo en todo, menos en una cosa —dijo pausadamente Gho-Tcha —, el venusino.

—¿En qué, si puede saberse? —inquirió, desafiante, McRaish.

—En lo del insulto. Nunca me ha gustado hacerlo a espaldas de nadie.

—¿Quieres decir que yo tengo miedo de soltárselo en su cara? —rugió el tripulante.

—Yo no digo nada, sino que debieras de haberte abstenido de pronunciar tales palabras, McRaish. Eso no está bien —insistió Gho-Tcha.

—Pero... ¿es que tú me vas a decir lo que está bien o no está bien, cochino pellejo de serpiente? —vociferó McRaish.

Tenía un cuchillo de trinchar en la mano y lo oprimió nerviosamente. Gho-Tcha palideció a su manera, es decir, poniéndose de un color púrpura sucio. Los amarillentos ojos le fosforecieron peligrosamente.

—Algún día —dijo muy despacio—, mataré a dentelladas al primer terrícola que se atreva a decirme una cosa semejante.

—¿Por qué no lo haces conmigo, hombre-crótalo? —rió desaforadamente McRaish—. Tú estás con el coronel, eso está visto. Lo defiendes para que él se entere y así hacer méritos...

El venusino no pudo contenerse más. De un salto prodigioso pasó, ayudado por la carencia de gravedad, al otro lado de la mesa, y con las manos extendidas buscando anhelosamente la garganta de McRaish. Éste, echándose para atrás, adelantó el brazo derecho y tiró un furioso tajo. El brazo de Gho-Tcha, fue alcanzado y rasgado de arriba abajo.

Los dos hombres se enzarzaron en una mortífera pelea. Instantáneamente el comedor se convirtió en un campo de Agramante, en el cual todos cuantos lo ocupaban peleaban sin

orden ni concierto, tratando con inútiles esfuerzos de separar a ambos contendientes. Él escandaloso griterío se expandió por todo el interior de la nave.

Asustadísima, Ingrid corrió en busca de Folsey. Pero éste ya venía hacia ella, y en un santiamén se dio cuenta de la situación.

Lanzó un poderoso grito, que tuvo la virtud de calmar los ánimos. Muy despacio, los dos luchadores se separaron, jadeantes, sudorosos. El brazo izquierdo del venusino exudaba un purulento líquido de color ambarino, que era su sangre.

—¿Qué ha pasado aquí? —inquirió con voz de trueno Folsey.

Ingrid dio un paso hacia adelante.

—Coronel, creo que yo tuve la culpa…

Folsey no la miró siquiera.

—Hay aquí un superior suyo, que es quien debe dar la respuesta. Vinson, respóndame.

El primer copiloto, turbado, avanzó unos pasos. Dio su versión del hecho.

—Veo que sus galones —dijo despreciativamente Folsey, cuando el otro hubo terminado— no son más que una decoración. Quienquiera que fuera el investigador que estudió sus antecedentes, merece estar comiendo alfalfa en lugar de huevos con jamón. ¿Qué demonios hacía usted aquí, que no supo mantener el orden?

—Señor, ya…

—No me conteste, Vinson: demasiado se ve lo que hizo. Pero va a ser la última vez que ocurra, y para ello voy a tomar las medidas pertinentes.

—Plantado sólidamente en el centro de la estancia, Folsey dio sus órdenes.

—Vinson, usted queda degradado al rango de simple tripulante. Pase a su cámara y quédese allí arrestado, hasta que yo lo diga.

El copiloto hizo un gesto de sorpresa.

—¡Usted no puede…!

—Pruebe a decírmelo otra vez y lo arrojaré al espacio en traje de Adán. ¿No leyó las instrucciones escritas, firmadas por el propio Coordinador, antes de quemarlas, tal como en ellas se decía? Tengo autoridad plena para disponer de sus vidas, si es preciso, de modo que, ¿piensa que me voy a detener por una simple cuestión de deposición de empleo? Retírese y no salga de allí hasta que yo se lo

ordene.

Mascullando sordas imprecaciones, Vinson obedeció. Folsey hizo una llamada.

—Medilla.

—Sí, señor.

—Conduzca al tripulante McRaish a su camarote y enciérrelo con llave durante una semana terrestre. Usted… Medilla, queda ascendido a primer copiloto.

—¿Y… y el segundo, señor? —preguntó tímidamente el recién ascendido oficial.

—Lo seré yo —contestó secamente Folsey. Acto seguido citó otro nombre—: Doctor Mokando.

—Sí, señor.

—Llévese a Gho-Tcha a su botiquín y cúrelo. Deme cuenta después de la posible gravedad de la herida.

—No creo que sea nada… —empezó a decir el venusino, pero Folsey le atajó rápidamente:

—Eso lo tiene que decidir el médico y no usted. Los demás, procuren reparar los desperfectos, y enterarse, al mismo tiempo, de que es la primera y última infracción de la disciplina que tolero. Estoy autorizado para, en casos de emergencia, tomar medidas de emergencia, ¡y por Dios que nos escucha!, que las tomaré si ustedes me obligan a ello. ¡Señorita Baker, preséntese en mi despacho dentro de dos minutos!

Dejando tras sí una consternada tripulación, la cual acababa de advertir que su jefe tenía la mano harto dura y expedita, Folsey se retiró nuevamente a su cámara. Al pasar por el lado del cocinero, éste le sonrió.

—¿Taza de café, señol?

—Sí, gracias, Ling; creo que me sentará bien.

Sorbió el café pensativamente y encendió un nuevo cigarrillo. Su mente trabajó activamente. Se le habían presentado una serie de complicaciones con las cuales ciertamente no había contado al emprender el viaje. Rió para sí, con una risa llena de amargura.

—Y eso —se dijo, a media voz—, que no hemos hecho, como quien dice, más que echar a andar. ¿Qué será dentro de…?

Unos nudillos, resonando opacamente al otro lado de la puerta, le cortaron en seco el soliloquio.

—Adelante —dijo.

La esbelta figura de Ingrid apareció en el vano de la puerta. Folsey hizo un ademán.

—Siéntese, por favor, señorita Baker.

—Gracias, coronel —respondió ella con los labios apretados.

Hubo una pausa de silencio, durante la cual Folsey inspiró y exhaló el humo de su cigarrillo. Luego empezó:

—La he citado aquí para hacerle la reprimenda que se merece, en privado, señorita Baker.

—La merezco, coronel, indudablemente, pero ¿por qué no hace lo mismo delante de la tripulación? ¿Es que mi condición de mujer me exceptúa de tales requisitos?

—Sí…, en parte, señorita, y en parte también, hacerle algunas observaciones que entonces no pude. Ni cuando el «Claro de Luna» estaba siendo atacado, tampoco.

Ingrid enrojeció.

—Sé que me mostré un poco impulsiva, coronel, pero la suerte de aquellas personas que viajaban allí… Seguramente habría mujeres, niños… Oh, sobre todo los niños… ¡qué muerte tan horrible habrán padecido!

—Todo eso lo sé perfectamente, señorita. Aparte de que, en un principio, pudo ser un ardid, ni por mil astronaves cargadas de gente hasta los topes, habría podido desviarme de mi rumbo. Lo más probable es que, en circunstancias normales, el «Claro de Luna» no hubiese sido nunca atacado. Probablemente lo hicieron para atraernos a una trampa y liquidarnos allí con toda facilidad. ¿Sabe que hubiéramos tenido que desprendernos de nuestras pantallas energéticas para, acercarnos a la espacionave atracada? ¿Qué otra cosa esperaban ellos para destruirnos con toda facilidad, torpedeándonos a mansalva?

Ingrid inclinóla cabeza.

Coronel, yo no sabía…

—Eso —replicó Folsey— a fin de cuentas es lo de menos. Lo más importante de todo ha sido su incalificable actitud al inducir al motín a la tripulación. Si usted tenía algo contra mí, pudo venir aquí y decírmelo en privado. Yo hubiera aceptado sus reproches,

caso de considerarlos justos; pero lo que no tolero ni toleraré jamás es una actitud como la suya, envalentonando a los miembros de la Dotación en contra mía. Sépalo bien: como Bill Folsey no les temo a ninguno de ellos, juntos o por separado; como capitán de la nave, no puedo permitirme el lujo de una revuelta que podría poner en peligro el éxito de la expedición. Quiero que lo entienda de una vez, señorita Baker, y quiero que entienda también que una postura suya en tal sentido será castigada con toda severidad, haciendo omisión de su sexo. ¡Puede retirarse! —concluyó deliberadamente hosco Folsey, dejando a Ingrid con la boca abierta de par en par, sofocadísima, con la respiración enormemente agitada a consecuencia del rapapolvo que acaba de recibir.

No se atrevió a mirarlo al salir de la cámara, ni, por otra parte, el coronel la habría visto; ya se había vuelto de espaldas a la puerta y estaba consultando la carta celeste que tenía extendida sobre la mesa.

Diez días más tarde, fuera ya de los confines del sistema solar, habiendo alcanzado una velocidad muy próxima a la de la luz, después de dos semanas de constante aceleración, llego el momento, tan temido por los astronautas, de dar el salto espacio temporal que colocándolos en un nuevo lugar del Universo, acortaría considerablemente el viaje.

Todo el mundo permaneció en sus puestos, atento a la maniobra. Sabían todos que un simple error de una milésima de segundo podría bastar a destruir la nave o bien hacerla surgir en algún rincón desconocido del Universo, de los que todavía, y eran infinitos, no figuraban en las cartas estelares. Pero, además, también había otro peligro.

Si no se calculaba bien, se corría el peligro de surgir en un lugar ya ocupado por un cuerpo celeste: una estrella o un planeta. En cualquiera de los dos casos, el resultado era el mismo: la destrucción completa de la astronave y de toda su dotación. Con el transcurso de los tiempos se habían violado muchas leyes fundamentales de la Física, pero había una que todavía se mantenía incólume: la de la impenetrabilidad de los cuerpos. Y ningún cuerpo podía ocupar el lugar que ya ocupaba otro.

El propio Folsey, ayudado por Medilla, dirigió la maniobra. Aparentemente sallo bien. Durante unos segundos, las estrellas

giraron fugazmente en el cielo, convirtiéndose en una serie de borrosos manchones de luz. Luego, se aquietaron, y el cielo tomó su normal aspecto, una negra pared, taladrada por billones de puntitos luminosos.

Folsey respiró a pleno pulmón y metió la mano en el bolsillo para extraer el paquete de cigarrillos. Pero, de pronto, se inmovilizó.

Había calculado el tránsito espaciotemporal para surgir en las inmediaciones de la Osa Mayor, pero… ¿dónde estaban las siete estrellas de la célebre constelación? Aquel paraje del cielo le era desconocido por completo; era la primera vez que lo veía.

Tenían una estrella muy cerca, una estrella azul, brillando con ardiente furia a unos doscientos millones de kilómetros, de un tamaño aparente similar al del Sol, y, a juzgar por lo poco que se podía ver, de sus mismos efectos. Pero no era en ningún modo el sitio que debieran ocupar después del tránsito.

—¿Qué diablos?… —empezó a decir, apagadamente, con el cigarro aún sin encender, colgándole de la boca. Entonces alguien soltó un grito.

—¿Dónde estamos? ¡Nos hemos perdido!

Folsey abrió la boca para reprender al exaltado, pero no pudo. Un grito, un terrible grito de alarma resonó por toda la nave.

—¡Deceleración! ¡Nos estrellamos! ¡Decelerad pronto o nos romperemos la crisma!

CAPÍTULO IV



i, se habían extraviado en uno de los muchos Universos que pueblan el firmamento, y Folsey lo sabía. No podía asegurar que su pérdida fuera irremediable, pero sí que el salir de aquel atolladero les iba a costar mucho.

Al hacer la transición espaciotemporal, la nave había perdido toda su velocidad, hasta quedar reducida solamente a unos pocos miles de kilómetros a la hora. Para efectuar una nueva transición, se necesitaba establecer en primer lugar una órbita bien definida y luego acelerar hasta alcanzar la marcha pertinente, muy próxima a la luz en el vacío.

No obstante, la velocidad que aún conservaban era excesiva. Se precipitaban hacia el planeta que tenían a sus plantas, cuyo disco iba aumentando rápidamente de tamaño.

En tanto tomaba las disposiciones pertinentes para evitar la catástrofe, Folsey estudió las características del globo que veía claramente a corta distancia de él. Lo vio de un extraño color

azulado, reflejo sin duda de la estrella que lo iluminaba, la cual debía hallarse en el máximo de su potencia, y asimismo observó un detalle peculiarísimo. La parte del planeta que se hallaba en la sombra, parecía como si no existiera.

Se dijo que tendría tiempo de sobra para investigar aquella particularidad. Por el momento, estaba vacilando, sin saber qué hacer.

Sintió clavada en su nuca las miradas de la mayor parte de los miembros de su dotación. Se les había mostrado como un hombre fuerte y tenía que seguir desempeñando el papel; no era posible andarse ya con medias tintas y paños calientes.

Tomó una decisión rápidamente.

—Capitán a tripulación —dijo—. Nos hallamos, como la mayoría de ustedes han podido ver, en una situación un tanto apurada. En realidad, no sabemos dónde estamos. Debíamos haber surgido en un punto del cielo próximo a la Osa Mayor, pero algo debió ocurrir en los instrumentos de a bordo, que nos hizo fallar el cálculo. He decidido aterrizar en ese planeta que tenemos a la vista, con objeto de revisar los aparatos de astronavegación y ver en qué pudo consistir el error que nos ha enviado a un lugar completamente inesperado. Agradecería —finalizó— cualquier sugerencia que, para mejorar nuestra posición, pudiera presentárseme.

Tras un breve momento de silencio, Legros dijo:

—¿Es absolutamente preciso que aterricemos en ese planeta, coronel?

—A mí entender, sí, Legros. No podemos seguir navegando sin antes averiguar el fallo de nuestros instrumentos. Debemos comprobarlos antes de efectuar una nueva transición, y en tierra podemos hacerlo mucho mejor. ¿Tiene usted algo que oponer a mi plan?

El silencio fue la única respuesta que Folsey recibió. Apretó un momento los labios y luego dio la orden.

—Señor Medilla, tenga la bondad de disponer todo para el aterrizaje. ¡Doctor Mokando!

—Coronel…

—Tenga a punto los aparatos de análisis del aire. Desde la altura, parece respirable esa atmósfera, pero no podemos confiar en una suposición.

—Si, señor.

Lenta, pero seguramente, la espacionave, girando en espiral en torno al planeta, fue decelerando al mismo tiempo que perdía altura. Pronto notaron el silbido producido por el aparato al atravesar la atmósfera de aquel planeta, surcado por numerosas nubes de apacible aspecto.

En el momento oportuno, Medilla invirtió los mandos, y la astronave empezó a caer, apoyada en los anaranjados chorros de sus toberas. Poco más tarde, las patas equilibradoras tocaron el suelo, y el zumbido de los motores cesó de un modo automático, inundado de silencio el interior del soberbio navío sideral.

Folsey se quitó las correas. El médico, vestido con traje aislante, ya corría, seguido por el chino, con una serie de instrumentos, hacia la compuerta de salida. La parte interna era transparente, y todos, apiñados, junto a ella, vieron el chorro de luz que inundó aquel lugar apenas fue descorrida la compuerta exterior.

Unos momentos después, Mokando, de modo significativo, se despojaba de la escafandra y aspiraba a pleno pulmón el aire de aquel desconocido mundo. Decidido ya, Folsey apretó un botón y el panel transparente se corrió a un lado, sin el menor ruido.

Una cálida oleada de aire deliciosamente perfumado invadió el interior de la nave. Sánchez, con los brazos extendidos, expandió su tórax.

—¡Esto es aire y no el que nos dan aquí dentro! ¡Parece que salga de una lata de conservas!

Las palabras del tripulante provocaron algunas risas. Folsey se volvió entonces hacia ellos.

—Medilla, usted y Legros revisarán los instrumentos de astronavegación. Quiero saber si sufren alguna avería que nos hizo errar la transición. Los demás… francos de servicio.

Alegres exclamaciones salieron de los labios de los tripulantes. Folsey, dominando una sonrisa, alzó los brazos.

—De todas formas —dijo—, no se alejen mucho de la nave, y caminen siempre por parejas. No se olviden de llevar armas; desconocemos qué seres pueden vivir aquí; pero, de todas formas, no disparen si no son atacados de una manera franca.

En tanto Medilla y Legros no rindieran su informe, Folsey decidió que él no tenía tampoco nada que hacer en la nave y,

requiriendo una pistola atómica, se metió en la plataforma que, suspendida de una viga horizontal surgida de un costado de la nave, servía de ascensor. Pisó el suelo con extraña satisfacción, después de más de dos semanas de encierro.

Paseó su mirada por los alrededores. Habían aterrizado en un pequeño claro de un bosque, de un aspecto muy similar a los terrestres, salvo en el color, un poco azulado, de las hojas de los árboles. Una fresca brisa soplaba, entibiando no poco los duros rayos del sol que alumbraba el planeta.

Otra peculiaridad de éste era su pequeño tamaño, lo cual podía advertirse a simple vista, mediante la curvatura del horizonte. Folsey le calculó un diámetro lunar, aunque notó que la gravedad era mucho mayor, sin duda, pensó, debido a la mayor densidad de su núcleo interno. De todas formas, esto no era cosa que le preocupara mayormente.

Caminó unos pasos, hondamente pensativo, disfrutando, no obstante, de la agradable temperatura que allí reinaba. Una voz sonó en sus oídos sacándole de sus abstracciones.

—Coronel, me extraña qué quebrante usted sus propias reglas.

Folsey se volvió y contemplo, con disimulado asombro, el singular aspecto de Ingrid. Había bastado apenas una simple cinta de color rojo en sus áureos cabellos para transformarla en una mujer nueva, a la cual coadyuvaba el ligero vestido que se había puesto.

—Lo siento —concedió él, sonriendo—; pensando, pensando, me había olvidado de todo.

—¿Preocupado, coronel?

Se emparejaron y echaron a andar hacia el bosque, muy cercano.

—Un poco, no tengo por qué negarlo, señorita Baker. Nuestro extravío es una pérdida importante de tiempo y no disponemos de tanto como para derrocharlo.

—Oh, estoy segura de que Medilla y Legros sabrán hallar la avería. Son unos técnicos magníficos y estupendos.

—En el que los seleccionó confío —repuso Folsey, apartando una rama para que la joven pudiera pasar.

De pronto, Ingrid lanzó un grito y se apretó, muy asustada, contra el cuerpo del coronel.

—¿Qué le pasa, muchacha? —dijo él—. ¿Vio algo raro?

Ingrid tembló antes de hablar.

—Me pareció que un par de ojos nos estaban mirando desde la espesura, coronel.

Folsey sacó la pistola.

—Alguna fiera, sin duda. ¿Dónde fue?

—Allí, coronel. En aquellos matorrales.

—Quédese aquí y no se mueva por nada del mundo, Ingrid.

Procurando no hacer ruido, Folsey avanzó hacia el lugar señalado por la muchacha. Eran unas matas de tres metros de altura al menos, de largas ramas, con muy pocas hojas y aun estas de una forma singular, como si fueran los dedos de una mano, aplanados de repente, pero conservando todavía un grosor de tres o cuatro milímetros. El conjunto, de todas formas, con su azulado tono, resultaba altamente desagradable.

A medida que ganaba terreno, Folsey se dio cuenta de que algo raro se percibía en el ambiente. No pudo explicarse a qué era debido, pero le pareció que aquel sitio estaba lleno de vida, una vida salvaje, que solamente aguardaba el momento propicio para hacer su destructora aparición.

Alargando el cuello por encima de unas ramas, Folsey vio al otro lado, en el suelo, algo así como el rastro dejado por un animal que se arrastrase por el suelo. Evidentemente, Ingrid había tenido razón: algo les había estado espiando tras las matas.

Decidió que no era oportuno permanecer más tiempo allí. Se dispuso a retroceder y en aquel momento oyó un silbido.

Solamente su capacidad de reacción instantánea pudo librarle del mortífero abrazo que le tendía una de las ramas de aquella planta tan singular. La rama, ondulando siniestramente, fallido su golpe, chasqueó sonoramente.

Dos ramas más saltaron hacia él, como enloquecidas, como buscando una presa que les sirviera de alimento. Una de ellas le tocó la ropa, disolviéndosela al instante. Folsey palideció y retrocedió, al mismo tiempo que apretaba el gatillo de su pistola contra la base del matorral.

Un gemido profundo, como el de una persona en trance de agonía, se expandió por el aire. Segadas por el nacimiento, las ramas cayeron al suelo, agitándose epilépticamente unos momentos, antes de quedar inmóviles.

Folsey se reunió rápidamente con la muchacha, contemplando el hueco que sus disparos nucleares habían abierto en aquel punto. Se enjugó con la manga la abundante transpiración de la frente.

Luego se miró la destrozada camisa.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿En qué lugar nos hallamos?

Ingrid estaba lívida. Aquello superaba a cuantos horrores había contemplado en su vida.

—Debe de ser —dijo— alguna planta carnívora de nueva especie, coronel.

—Sí; pero ¡vaya rapidez disolvente la de sus jugos gástricos! Si me pesca la carne, se me lleva la mitad del tórax. Vámonos de aquí, Ingrid; este lugar me pone los pelos de punta. ¿No oyó el gemido de la planta al ser herida por mi disparo? Cualquiera hubiera dicho que era un ser consciente.

Ingrid no contestó. Nerviosamente se agarró al brazo del coronel. Los dos dieron unos cuantos pasos, para detenerse al instante. Alguien, no muy lejos de allí, gritaba desaforadamente.

Por un momento, la pareja escuchó atentamente. Los gritos Se duplicaron y luego triplicaron. Parecían de alegría y sorpresa al mismo tiempo.

—Son ellos, coronel —dijo Ingrid— los chicos de la dotación.

Folsey arrugó el entrecejo.

—Parece como si hubieran encontrado un barril de «*whisky*» abandonado y se dispusieran a emborracharse a conciencia. ¡Vamos!

Echaron a correr, atravesando la selva y procurando en algunos momentos esquivar varias plantas carnívoras que alargaban vorazmente sus feroces tentáculos vivientes. Súbitamente, Folsey e Ingrid se vieron obligados a detenerse.

El aliento se les suspendió al contemplar el maravilloso espectáculo que tenían frente a sí y a sus pies. Durante unos momentos, se sintieron incapaces de articular palabra.

Debajo de ellos se abría un amplísimo anfiteatro, casi un círculo, descendiendo en escalones gradualmente, durante más de un centenar de menos. Palacios y más palacios, excavados en la dura roca, mostraban sus bellísimas esculturas, fabricadas allí durante acaso milenios por una civilización que, a juzgar por las trazas, ya se había extinguido hacía docenas de simios.

Había partes que destellaban metálicamente al sol, y Folsey no dudó en pensar que algunos fragmentos de los palacios estaban recubiertos de metales nobles. Pero había tanto y tanto por ver que acabaron casi por marearse y hasta olvidar eh motivo que les había llevado allí.

Lo recordaron muy pronto cuando, a unos veinticinco metros por debajo de ellos, vieron salir a Sánchez con algo en las manos, tan pesado, que lo hacía vacilar bajo su formidable masa. Los objetos que el español llevaba en las manos refulgían esplendorosamente, y Folsey se dio cuenta de que Sánchez llevaba una fortuna en las manos. En aquel momento, estaba contemplando a un multimillonario.

Los ojos del español divisaron bien pronto a la pareja.

—¡Coronel, señorita Baker, bajen, bajen pronto! ¡Bajen, y fórrense; aquí hay para todos! ¡Todos vamos a ser ricos!… —Y sus últimas palabras fueron cortadas por una histérica carcajada.

Dos hombres más, Kinn y Renner, surgieron unos metros más allá, con un botín similar, gritando como posesos. Hasta Naradiar, el flemático marciano, surgió de una labrada cueva, empujando con el pie una pesada bola de áureo color, pronunciando palabras ininteligibles.

En un segundo, Folsey se dio cuenta de lo que iba a ocurrir. Si la locura del oro se apoderaba de sus hombres, ya podía darse como fracasado. La expedición se iría al cuerno, y a él le…

—¡Vamos, señorita Baker! —dijo abruptamente, tomándola por la mano.

Se maldijo una y mil veces por haberse permitido aquel aterrizaje en el planeta. ¿No habría sido lo mismo haber establecido una prudencial órbita en torno, al mismo, en tanto se revisaban los instrumentos?

Quiso tranquilizarse, diciéndose que no, que no hay mejor forma de revisar los instrumentos que teniendo la astronave en un estado de completa inmovilidad. Pero, fuera lo que fuera, el mal ya estaba hecho.

Había una gran escalinata tallada en la roca, por la cual descendieron a grandes zancadas. Alcanzó muy pronto a Sánchez y, asiéndolo por el hombro, le hizo girar en redondo.

Tan brusco fue el movimiento, que los brazos del español se

abrieron y dejaron caer la preciosa carga que tenía, en ellos. El metal rechinó al duro contacto con la roca.

—¡Vuélvase a la nave, Sánchez! ¡Inmediatamente!, ¿me ha oído?

Los ojos del tripulante se inyectaron en sangre.

—Lo quiere todo para usted, ¿eh, capitán? Quiere aprovecharse de nuestro descubrimiento y dejarnos sin un centavo. Pero…

Folsey, enrojeció al escuchar la airada, respuesta del español. Lo zarandeó, lleno de una justificada cólera.

—Yo no quiero nada de eso, Sánchez, entiéndalo bien. Lo único que deseo es hacerle volver en sí de su locura, hacerle recobrar su normalidad. Usted no se ha dado cuenta, pero ahora está loco, loco de remate, ¿lo comprende? El oro…

Sánchez no le dejó proseguir. Con rapidísimo movimiento desenfundó la pistola.

—Lo único que sé, capitán, es que si no me deja llevarme estas joyas por las bunas, lo haré por las malas. Y en «las malas» —subrayó las dos palabras de modo harto significativo, mirándolo atravesadamente— incluyo el convertirlo en humo de un disparo. ¡Vamos, capitán, apártese a un lado! ¡Ahí tiene el oro y las joyas a toneladas! ¡Llénense los bolsillos hasta reventar, pero dejen que yo haga lo propio!

Folsey vio en los ojos de Sánchez la locura de matar. Estaba dispuesto a disparar para defender lo que él creía suyo y el coronel se vio, momentáneamente, obligado a ceder.

Tomó el brazo de Ingrid.

—Vamos, señorita Baker; veamos lo que hay por ahí dentro.

La muchacha asintió y, sin dejar de mirar al español, los dos salieron fuera de aquel sitio. La fresca penumbra de una de las excavaciones les protegió de los rayos del sol.

Ninguno de los dos pudo contener una exclamación de asombro al ver el incalculable tesoro que había en aquél lugar. Mentones de barras de oro; sacos repletos de monedas con rarísimas efigies; estatuas del mismo precioso metal, amontonadas sin orden ni concierto alguno, como si algún camión volquete las hubiera arrojado allí en forma de áureos escombros; joyas de todos los tamaños y de todas las formas, acumuladas en enormes montones de más de quince metros de altura; gigantescas cajas repletas de gemas de todos los colores…

Ingrid palideció y necesitó el brazo de Folsey para no caer.

—Esto es fabuloso, coronel, realmente Increíble.

—Llamaría embustero al que me lo contase —replicó Folsey—, si no lo estuviera viendo con mis propios ojos.

Se inclinó para tomar una preciosa estatuita de unos treinta centímetros de altura, tallada en un solo rubí, rojo, sangrante, representando una especie; de ninfa de aquel extraño mundo. La levantó y la miró al trasluz.

—El anticuario más flemático del mundo lo asesinaría para apoderarse de la joya, coronel sonrió la muchacha.

Se inclinó y, por el mismo procedimiento, «adquirió» un costoso anillo, que no hubiera tenido precio en la Tierra. Alargó la maño, moviéndola y recreándose en los vivísimos destellos que lanzaba el colosal diamante engastado en el aro.

—Maravilloso, coronel, ma-ra-vi-llo-so. Con su permiso, me lo quedo. No, no diga que la fiebre de oro se ha apoderado de mí; pero ¡es tan bonito…!

—Haga lo que quiera —sonrió Folsey— ¡A fin de cuentas, esto está desierto y no parece tener dueño…! ¿Qué le parecería este collar, como propina, señorita Baker?

Más gritos se oyeron fuera. Sin duda, los restantes tripulantes se habían unido al grupo y se dedicaban al saqueo en gran escala. Folsey pensó con desespero en cómo se las arreglaría para llevárselos de allí. Pero de pronto se dio cuenta de que la muchacha no había contestado a su pregunta.

Giró sobre sus talones y se quedó de piedra al verla a ella también rígida, erguida, convertida a su vez en una estatua. En verdad, que Ingrid tenía motivos, para tal actitud.

En la penumbra interior del templo unos ojos rojos, como brasas, la estaban mirando fijamente. Los ojos estaban situados en un rostro casi humano, pero, desprovisto por completo de humanidad, y distaban apenas un metro del suelo. La cabeza estaba unida, sin solución de continuidad alguna, como careciendo por completo de cuello, a un cuerpo largo, cilíndrico, de unos sesenta o setenta centímetros de diámetro, largo, blando, repugnante, de un color blancoverdoso. Que inspiraba una profunda repugnancia.

Ingrid retrocedió, asustadísima.

—Coronel… —balbuceó—, tengo… miedo…

Folsey desenfundó la pistola silenciosamente.

—Apártese. No sabemos qué intenciones puede tener ese animal. Quizás está tan sorprendido como nosotros.

Aquel extraño ser continuaba inmóvil. Folsey se explicó perfectamente, al ver su peculiar morfología cilíndrica, el extraño rastro que había visto, arriba, en la tierra. Si no aquel que tenían delante, sin duda había sido alguno de sus congéneres.

—¿Tendrán inteligencia, coronel? —preguntó la joven.

—Eso es lo que me gustaría averiguar —repuso Folsey, y dio un paso hacia adelante.

Ella lo retuvo vivamente por la manga de su traje.

—No, coronel, no… Recuerde lo de la planta carnívora… ¿Quién sabe lo que nos puede hacer este bicho…?

—De todas formas… —empezó a decir Folsey, pero no pudo acabar, porque en aquel momento, de una manera súbita, totalmente repentina, la noche se hizo sobre ellos.

CAPÍTULO V


o se hizo la noche a la manera terrestre, en una gradual degradación de la luz hacia las sombras, sino de una manera brutal, como si de repente se hubiera extinguido todo signo luminoso en el firmamento. Folsey arrojó una mirada hacia sus espaldas y respingó al darse cuenta de que, por la ancha abertura del templo en que se hallaban ni siquiera podía ver las estrellas.

Hasta sus tímpanos le llegaron las sorprendidas voces de sus compañeros. El extraño fenómeno les había desconcertado, sin duda alguna, y se andaban buscando para, reunidos, protegerse mutuamente.

En algún lugar de aquella fantástica serie de templos y palacios estalló una carcajada infrahumana. El sonido, cloqueante, horrísono, rebotó de roca en roca, de muro en muro, de columna en columna, multiplicándose por mil, antes de apagarse definitivamente. Y, casi en el acto, otra fantasmal carcajada le dio

cumplida respuesta.

Por unos momentos volvió el silencio. Folsey percibió un suave roce en el suelo. El sudor le inundó bruscamente la piel. Sus dedos se crisparon nerviosamente en torno a la culata de su pistola atómica.

Notó a Ingrid muy cerca de él, apretujándose temerosamente. Repentinamente una brutal carcajada les golpeó duramente los oídos. Ahora se había producido en aquel lugar y la risa procedía del ser que habían vislumbrado durante apenas cinco segundos.

—Vámonos, coronel —susurró la muchacha—. Estoy llena de pánico.

—No se ve nada —cuchicheó él—. Jamás he conocido otras tinieblas como éstas. Agárrese a mí y no me suelte por nada del mundo.

En completo silencio, avanzando cautelosamente, como si de ello dependiera su vida, echaron a andar. La carcajada volvió a repetirse, rebotando en cientos de ecos por todos los rincones, terminando luego en una especie de siniestro y melancólico sollozo.

La oscuridad era absoluta, casi tangible. No se podía ver nada, y a Folsey le pareció hallarse en el interior de un mar de tinta. Oyó gritos a lo lejos, y conoció varias de las voces de sus hombres.

—Están perdidos, como nosotros —cuchicheó—. Pero ¿qué diablos ha podido ocurrir?

Los llamó alzando la voz. Le contestaron. Volvió a gritar para orientarlos y pronto se dio cuenta de que su voz servía de guía.

—Me arriesgaré, señorita Baker —dijo—. ¿Tiene su pistola?

—Sí, coronel.

—Voy a encender una cerilla. Si ve algo sospechoso, haga fuego sin piedad.

Soltó la pistola y el cordón elástico la volvió al momento a la funda axilar. Hurgando en sus bolsillos, extrajo una caja de fósforos y encendió uno.

Se quedó absorto. Las tinieblas eran tan espesas, que apenas si podía ver la débil llama de la cerilla.

Un disco de luz, sucio, amarillento, de unos pocos centímetros de diámetro, era todo cuanto alcanzaba a producir el fósforo encendido.

—¡Diablos! ¡Jamás vi otras tinieblas tan espesas! —Y soltó la

cerilla encendida.

No la vio llegar al suelo; su llama fue comida por las tinieblas antes de tocar el pavimento.

—Tengo miedo, coronel —dijo de nuevo la muchacha—. Esto… esto… jamás me había pasado.

—Ni a mí —comentó él con dureza.

Los gritos de sus hombres se fueron haciendo más próximos.

—¡Aquí, aquí! —les gritó.

Pasos vacilantes, como de beodo, se oyeron ya muy cerca.

Repentinamente, algo se movió a cortísima distancia de ellos. Ingrid, sin pensárselo, apretó el gatillo, liberando un proyectil nuclear. Un vivo relámpago iluminó durante una décima de segundo la negra atmósfera, dejando ver la repelente masa de uno de aquellos seres a dos metros de distancia, mirándoles con una infinita expresión de odio reflejada en sus rojas pupilas, Ingrid apretó de nuevo el gatillo y el animal se escurrió, reptando sinuosamente.

—Temó que voy a echarme a llorar, coronel —gimoteó de pronto la chica.

—Aguántese las lágrimas —repuso él con dureza—; no le servirán para nada.

—¡Coronel, coronel! —gritó de pronto una voz, a corta distancia —. ¿Dónde están?

—Aquí, con la señorita Baker. ¿Quién es usted?

—Kinn, señor.

—¿Viene usted solo?

—No, señor. Sánchez y Naradiar están conmigo.

—¿No había más con ustedes?

—Sí. Estaban el doctor Renner y el venusino. Pero los hemos perdido.

—Muy bien; sigan como hasta ahora. Cójanse de la mano y no se suelten bajo ningún pretexto.

—Si, señor —contestó agradecido Kinn—. En un momento estamos con usted.

Los pasos se acercaron gradualmente, y de pronto Folsey sintió que alguien le empujaba bruscamente. A pesar de que lo esperaba, no pudo por menos que sobresaltarse.

—¿Kinn? —pregunto, en voz baja.

—El mismo, señor. Aquí estoy, con Sánchez y Naradiar.

—Muy bien, pues. Saquen sus pistolas y ténganlas preparadas para cualquier evento. Procuren no perder el contacto.

Súbitamente, estalló otra serie de lamentos y carcajadas. El infernal griterío duró unos minutos, atormentando ferozmente los oídos de los expedicionarios. Folsey percibió tangiblemente el miedoso temblor de Kinn.

Más gritos se oyeron. Folsey gritó también, orientando a los extraviados. Al cabo de unos momentos, el médico, Renner y Gho-Tcha se unieron a ellos. Mokando Goi no pudo contener una exclamación.

—¡Santo Dios! Coronel, ¿esto qué es?

—¡Yo no sé, doctor! Mañana lo sabremos… si estamos vivos para entonces.

Rápidos siseos se oyeron en torno del grupo. Folsey hizo un par de descargas, iluminando espectralmente la atmósfera. Dos o tres orugas con rostro humano retrocedieron.

—Parece que nos quieren sitiar —cementó—. Tendremos que formar una especie de cuadro, con las espaldas al interior, y la señorita Baker en el centro.

—Yo sé defenderme también —protestó ella.

—Usted sabe hacer cualquier cosa que no sea obedecer —gruñó Folsey—. Vamos, hagamos lo que he dicho. Hombro con hombro y sin flaquear un momento, o estamos perdidos.

—¿No podríamos encender un poco de luz? —sugirió Naradiar.

—¿Tiene usted fósforos?

—Sí, coronel.

—Entonces haga la prueba —le respondió Folsey, diciéndose qué mejor que todo lo que él pudiera decirles sería que ellos comprobaran por sí mismos la impenetrable espesura de aquellas extrañas tinieblas.

Otro nuevo coro de alaridos, risas y sollozos estalló bruscamente, golpeando duramente los nervios de los terrestres. Las paredes y las concavidades aumentaban con sus infinitos ecos los sonidos. Folsey se enjugó el sudor de su frente con el antebrazo.

Oyó el chasquido de la cerilla al rascar contra la lija, pero no pudo divisar su luz. Naradiar estaba al lado opuesto del cuadro, y

sonrió al notar la exclamación de sorpresa del marciano.

—¡Por el amor de Dios, coronel!, ¿quiere decirme dónde estamos? ¿Qué país tan misterioso es éste que ni la luz atraviesa la oscuridad?

—Cuando vuelva el día lo sabremos. Mientras tanto, manténganse firmes, muchachos.

—¿Y cuándo llegará el día, señor? —preguntó Sánchez.

—No lo sé: ignoro cuánto dura la rotación de este planeta alrededor de su eje. No podemos salir de aquí, porque nos extraviaríamos: forzoso es, pues, aguantar como podamos.

—Pero acabaremos cansándonos. ¿No podíamos hacer lo mismo, sentados en el suelo, eh? —sugirió Renner.

—No lo considero oportuno, muchacho. ¿Vio usted esas orugas gigantes, con cara de persona?

—Sí, Señor… No me las recuerde, por favor —se estremeció el alemán.

Ruidos de cuerpos al arrastrarse por el suelo se oyeron ahora con toda claridad. Folsey se dio cuenta de que ya no eran dos ni tres, sino seis u ocho veces más.

—De nada servirla ocultar la gravedad de la situación, muchachos —dijo calmosamente—. Esos gritos que percibimos debían ser su modo de llamarse unos a otros. Estoy seguro de que ahora nos tienen acorralados.

—No me hace mucha gracia terminar en el estómago de uno de esos bichos. Me gustaría más que me comiera un león, señor —dijo lúgubremente el español—. Esas orugas parecen capaces de digerirle vivo a uno. Cuando menos, el león me parece más honrado.

Folsey sonrió en la obscuridad. Renner, a su lado, lanzó un repentino aullido, y vaciló.

—¿Qué le pasa?

—Mi pie… Uno de esos malditos bichos me ha mordido. ¡El muy…! Y cómo me pica, ¡…!

—Si no es más que eso, sopórtelo como pueda, Renner. En estos momentos no estamos en situación de…

—Coronel —dijo fríamente el médico—, me gustaría examinar la herida de Renner. Acaso los dientes de esa fiera sean ponzoñosos.

—¡Doctor, no me asuste! —gritó el alemán.

—No me gusta lo que ha dicho acerca de la picazón, Renner —contestó Mokando—. Tendré que examinarlo, aun cuando para ello haya de gastar todas las cajas de cerillas.

Folsey se pasó la mano por el rostro, sudoroso, chorreante. Se notó con los nervios a punto de estallar.

Algo pasó, siseando, muy cerca de él. Instintivamente, casi, apretó el gatillo. El fogonazo alumbró una colosal oruga, de más de dos metros de largo, por sesenta centímetros de diámetro. El proyectil la alcanzó al final de su repugnante cuerpo, que se retorció espasmódicamente unos segundos antes de disolverse en una repelente nube de gas blancoverdoso.

—Coronel —insistió el médico, entre dos largas series de carcajadas—, voy a examinar a Renner. Cerillas, por favor —pidió.

Un momento después, Mokando dijo:

—Coronel, le ruego que mire, por favor.

Folsey obedeció. Guiándose por el tacto; se arrodilló, hasta que pudo encontrar el amarillento círculo de luz de una cerilla. Hubo de acercarse hasta casi tocar con sus narices la llama.

La exclamación de horror que soltó se le escapó inconscientemente. Renner soltó un gruñido.

—¿Qué ocurre, coronel? ¿Tan grave es? Me pica mucho, pero vaya…

Folsey se incorporó, con las retinas llenas del espantoso cuadro que había visto. ¡A Renner le faltaba ya casi toda la pierna! Y no era esto lo peor, sino que había podido advertir, de modo bien visible, cómo el miembro iba desapareciendo, desapareciendo como si una goma invisible se lo fuera borrando.

—¿Le duele, Renner? —oyó preguntar al médico.

—No, doctor, ya lo he dicho. Solamente siento un picor intenso, una especie de desazón… No puedo aguantarlo más, doctor. Me voy a rascar ese maldito pie.

Folsey se volvió, tratando de impedir el gesto del alemán, pero no lo pudo impedir. Al momento oyó un horrible alarido.

—¡Mi pie! ¿Dónde está? ¡Doctor, doctor! ¿Qué me está ocurriendo?

—Cálmese, Renner, por favor. La cosa no es tan grave…

—¡La pierna! ¡También me falta! Oh, doctor, ¿no puede hacer algo por mí?

Mokando trató de tranquilizar al alemán. Ingrid lanzó un gemido.

—Coronel; debemos irnos de aquí. Moriremos todos si…

—Es imposible dar un paso, señorita Baker. Esas fieras nos devorarían apenas lo hiciéramos. ¡Muchachos, tengan fuerza de voluntad y manténganse firmes en sus puestos!

Un tamborileo de carcajadas y lamentos coreó sus últimas palabras. Gho-Tcha soltó un grito estremecedor.

—¡Me ha mordido, me ha mordido, coronel! ¡También en el pie!

Folsey se notó súbitamente empapado en sudor. Percibió su propia transpiración corriéndole en arroyos por el cuello hasta esconderse debajo de su camisa. Dio una orden.

—Hagan una docena de disparos en círculo, dirigidos a tres o cuatro metros al suelo. Con ritmo vivo y rápido, pronto.

Las espesísimas tinieblas fueron rechazadas durante unos terribles segundos por los estallidos de luz de los disparos y las subsiguientes explosiones. Folsey pudo ver el apretado círculo de orugas humanas que les rodeaban, mirándoles con sus pupilas sin vida. Una docena de ellas desaparecieron y las demás, atemorizadas, retrocedieron un tanto, en medio de un impresionante coro de aullidos y risotadas histéricas que rebotaron por los muros del templo.

El venusino empezó a llorar.

—¡Me estoy quedando sin pierna, coronel! Por favor, hagan algo para sacarnos de aquí… Coronel, coronel… —Y su voz se percibió en un patético llanto. Folsey se mordió los labios hasta hacerles brotar la sangre. A su lado, Ingrid gemía quedamente.

—Esos bichos nos van a comer vivos —masculló el español.

Loco de furia, comenzó repentinamente a disparar su pistola, abriendo grandes hoyos en el pavimento. Cuatro o cinco orugas más fueron volatizadas.

Un grito espeluznante brotó de improviso. Kinn lanzó un feroz aullido y soltó una docena de disparos. A su luz, Folsey vio que el brazo izquierdo del tripulante se estaba esfumando.

Kinn pareció enloquecer. Avanzó unos pasos, sin cesar de hacer fuego.

—¡Malditas bestias! —rugió—. No me tendréis vivo; antes os haré trizas a todos… —Y salió al encuentro de las orugas,

abrasándolas con sus descargas. Los alaridos de las bestias se cruzaron con las imprecaciones de Kinn. La atmósfera se puso irrespirable.

Los gritos cesaron de pronto. A diez metros de distancia, la pistola de Kinn restalló súbitamente un par de veces, y luego calló. Infinidad de siseos estremecieron los tímpanos de Folsey y luego se acallaron.

Renner había dejado de quejarse, así como el venusino. Ahora el silencio era impresionante, terrible, pavoroso, roto en ocasiones solamente por el ruido de las orugas al reptar. Folsey soltó un par de descargas, haciendo retroceder una bestia peligrosamente próxima. Rectificando el tiro, la volatilizó.

Así transcurrieron unas horas agónicas, interminables, disparando sus pistolas atómicas con intervalos regulares, tanto para mantener a raya a los feroces guardianes de los templos, como para procurarse algo de luz. Y cuando menos lo esperaban, las tinieblas huyeron.

El día vino con tal rapidez, de una forma tan brutal, que todos quedaron ciegos durante unos momentos. No hubo la menor transición de la noche a la luz, sino que ésta se hizo como si en el cielo hubiera un interruptor colosal que apagara y encendiera el sol como una gigantesca lámpara de incandescencia.

Cuando Folsey abrió los ojos, no vio ya el menor rastro de las orugas. Habían desaparecido, dejando tras sí unos viscosos regueros que brillaban húmedamente, pero que muy pronto fueron resecados por la brillante luz. ¡Y de Renner, Kinn y Gho-Tcha no quedaba absolutamente nada!

—Han desaparecido —comentó Folsey consternado—, como si jamás hubieran existido.

—¡Vámonos, vámonos de aquí, coronel! —gritó Ingrid—. Deseo escapar cuanto antes de aquí. ¡Y no quiero nada, nada, de este maldito lugar!

Forcejeó con el anillo de que se apoderara la noche anterior, arrojándolo con furia contra un montón de joyas. Luego, alocadamente, llena de terror, echó a correr.

—Sigámosla —exclamó Folsey, saliendo tras ella.

Mokando Goi, Sánchez y Naradiar corrieron también. A ninguno

de ellos se les ocurrió tomar nada de aquellos incalculables tesoros que habrían cubierto con exceso la deuda pública de cualquier Federación Galáctica.

Treparon por los escalones abiertos en la roca viva, siguiendo a la muchacha. Ésta, al llegar a lo alto, se había detenido para aguardarle. Una leve brisa soplaba hacia ella, aplastándole las ropas contra el cuerpo y moldeando deliciosamente su esbelta figura. Después de la espantosa noche pasada, el espectáculo le pareció a Folsey altamente confortador.

Desde la parte superior, se volvieron unos momentos para contemplar aquel mortífero anfiteatro.

—Están bien seguras esas riquezas —masculló Sánchez, despechado—. Nadie las tocará jamás, sin permiso de esas malditas orugas.

—Tiene razón, muchacho —concedió Folsey.

Luego volvió el rostro hacia el médico, que le interrogaba.

—¿Qué es lo que causará una noche tan impenetrable, coronel?

Folsey se encogió de hombros.

—No lo sé. Acaso sea alguna peculiaridad de esta atmósfera que desconocemos, pero, en todo caso, no podemos entretenernos en estudiarla. ¡A la nave, pronto!

Regresaron sobre sus pasos, caminando vivamente. Atravesaron el bosque, y ya estaban a punto de salir al claro, en donde se divisaba la afilada ojiva de la astronave, cuando, repentinamente, estalló un grito femenino.

—¡Ingrid, Ingrid! —exclamó el coronel, alarmadísimo.

—Estoy aquí, coronel —contestó ella.

—¡Maldición! ¿Por qué me dio ese susto? ¿Qué diablos la hizo gritar?

—Yo no he sido, coronel. Está usted engaña…

El grito volvió a repetirse, muy cerca. Era evidente que un ser humano del sexo femenino se hallaba en peligro. Folsey trató de orientarse juzgando por la dirección del sonido.

Cuando un nuevo grito resonó, muy cerca de allí, no dudó más. Tenía delante de sí una planta carnívora y la pulverizó de un solo disparo, saltando luego por encima. Diez metros más allá, se detuvo, con los cabellos erizados por el horror de lo que estaba presenciando.

CAPÍTULO VI



olsey ya había oído hablar de plantas carnívoras, pero todas las que conocía eran del tipo terrestre, es decir, capaces únicamente de digerir pequeños insectos atrapados con sus zarcillos o sus espinas y con los cuales se alimentaban. También había oído fantasías de carnívoras gigantes de las selvas amazónicas, pero nunca supo que las más grandes, pese a las exageraciones, fueran capaces de digerir otra cosa que ratoncillos o seres tan minúsculos como éstos. Sin embargo, lo que allí tenía, delante de sus ojos era capaz de devorar a un buey sin dejar el menor rastro.

Un nauseabundo olor, probablemente el de los jugos gástricos de la voraz planta, excitados por la proximidad de su presa, se expandía por la atmósfera, inficionándola con sus repelentes ondas. Los tentáculos de la planta habían atrapado a una persona y la arrastraban, lenta, pero irresistiblemente, hacia su centro, hacia la monstruosa corola, de gigantes pétalos de cuatro o cinco metros de

largo, en donde aquella mujer acabaría por sufrir la más horrible de las muertes.

La mujer se debatía con todas sus fuerzas, rodeada por cuatro o cinco tentáculos, que no eran, empero, suficientes, a levantarla en el aire. Los pétalos, de un siniestro color rojizo, como si en lugar de tejido vegetal fueran de carne animal, vibraban, agitándose espeluznantemente. En el interior de sus hojas tenían unas agudísimas espinas, destinadas indudablemente a sujetar la presa.

La mujer estaba ya peligrosamente próxima a la corola de la planta. Folsey advirtió que no podía disparar contra el vegetal sin riesgo de herirla a ella. Buscó desesperadamente con la vista, un arma con la cual combatir con aquella fiera sin alma.

De pronto se le ocurrió una idea.

—¡Sánchez! —gritó, y el español acudió a la carrera, soltando un juramento al ver la escena.

—¿Qué desea, señor?

—Aquello que usted dijo de su navaja, ¿era en broma?

Sánchez comprendió al instante.

—No, señor… La tengo, pero ¿no irá usted a meterse en ese infierno, verdad?

—Déjeme en paz y deme su navaja. ¡Vivo o no llegaremos!

El español obedeció. Folsey sopesó el arma, cuya hoja, de unos veinte centímetros de longitud, estaba tan afilada como la de una navaja de afeitar. Sin dudarlo un segundo, se lanzó a la carrera, hacia la mujer atrapada.

Unos negros ojos le miraron expresivamente. La mano derecha de Folsey subió y bajó rápidamente, segando una de aquellas mortíferas ramas, que cayó al suelo. La garganta de la mujer quedó libre de aquella atroz presión.

Una rama voló hacia él, silbando espantosamente. Folsey la esquivó de un salto y luego la cortó limpiamente, en el aire, de un solo tajo. Cortó dos tentáculos más, pero de pronto, se encontró en el suelo. Uno de sus tobillos acababa de ser atrapado.

—Márchese, márchese —le dijo la mujer, cuyo talle y piernas estaban ceñidos por varios tentáculos. El que sujetaba a Folsey dio un bárbaro tirón y el coronel se notó arrastrado por el suelo.

Lo cortó solamente para sentirse inmovilizado repentinamente por el brazo izquierdo. El repelente olor de la planta animal le

mareó. Luchó con la energía propia de la desesperación. Un tercer tentáculo le cogió por la cintura cortándole la respiración.

Era imposible evadirse de aquel lugar de pesadilla, Cada vez que Folsey cortaba un nuevo tentáculo, otro venía a ocupar su puesto. Aquello parecía no tener fin.

Otra rama juntó a los dos en estrecho y mortífero abrazo. La pareja fue arrastrada de modo irresistible hacia el centro de la planta, en donde se veía un siniestro líquido de color escarlata, como sangre, removido por sucesivas ondulaciones causadas por los estremecimientos del vegetal. Una hoja, cálida, repugnante, se le adhirió al rostro, quemándoselo como si tuviera mil alfileres de fuego.

Oyó vagamente los gritos de pavor de Ingrid. El obscuro rostro de Mokando apareció muy cerca del suyo. En la negra mano del médico vio brillar una pistola nuclear.

Evitando el latigazo de un tentáculo, el médico se inclinó, hasta tumbarse de pecho en el suelo. Escrutó durante unos instantes y, al fin, apretó el gatillo varias veces, en rapidísima sucesión.

Los tentáculos aflojaron repentinamente su brutal presión. Folsey y la mujer, exhaustos, sin aliento, rodaron por el suelo, envueltos aún en los muertos fragmentos de la voraz planta, cuya raíz había sido desintegrada por los certeros disparos del médico. Éste se inclinó sobre ellos.

—¿Cómo está, coronel?

—Bien… gracias, doctor… De no ser por usted, creo que no lo hubiéramos contado… Creo que a mí no se me hubiera ocurrido nunca disparar contra la base de la planta.

—Era lo único que cabía hacer en tal situación —repuso sencillamente Mokando, quien, acto seguido, se inclinó, tomando a la mujer en sus brazos—. La llevaré con nosotros a la astronave; allí tengo medios para reconocerla mejor.

Ella asintió aún, jadeante, sin poder hablar. Tenía los brazos y el cuello encarnados por los lugares donde los mortíferos tentáculos habían hecho su presión. Siguiendo al médico, Folsey, Ingrid, Naradiar y Sánchez salieron al claro.

Ling agitó los brazos alegremente al verlos. Se volvió hacia arriba, gritando con las manos a guisa de bocina.

—Ya están aquí, ya vuelven.

En lo alto de la nave, asomado a la compuerta, vio a Medilla, escrutando el panorama con unos binóculos. El copiloto maniobró acto seguido en los mandos del montacargas.

Medilla no pudo evitar su asombro al ver un nuevo tripulante en la nave, y mucho menos al enterarse de la falta de Renner, Gho-Tcha y Kinn. Pero el coronel no le dio mucho tiempo para meditar.

—Dispóngalo todo para la partida, Medilla. Inmediatamente.

—Sí, señor. A propósito, quiero decirle que ya encontramos la avería en los instrumentos de astronavegación.

—¿Sí? —Folsey volvió lentamente la cabeza—. ¿Y en qué consistía?

Medilla sacó algo de su bolsillo. Un trozo de barra de hierro, de un centímetro de grueso por cinco o seis de largo.

—Esto es tan viejo como la brújula, señor. Está imantado y provocó un desequilibrio en los mecanismos del computador de tránsitos. Naturalmente, las informaciones que el aparato proporcionó, tenían que ser erróneas a la fuerza.

Absorto, Folsey tomó la barrita metálica. Luego miró al copiloto.

—Eso quiere decir —murmuró— que alguien lo puso intencionadamente, Medilla.

—Lo mismo pienso yo, señor. Pero ¿quién y por qué?

Folsey se guardó el trozo de metal en uno de sus bolsillos.

—Cuando lo sepa, le invito a que vea cómo se lo come en la sopa, Medilla.

—Nada me causará tanto placer como estar presente, señor. Con su permiso, voy a disponerlo todo para la partida.

Cansadísimo, Folsey se dirigió hacia su cámara. En el trayecto se encontró a Mokando Goi.

—¿Cómo sigue su paciente, doctor?

—Perfectamente, coronel. Solamente padece el «*shock*» nervioso causado por el susto que se llevó, aparte de algunas erosiones y desolladuras sin importancia. Le he administrado un calmante para hacerla descansar.

—Eso mismo es lo que me conviene a mí, doctor —suspiró Folsey. Concluyó—: Le veré más tarde, doctor.

Seis horas después, cuando ya la nave volaba rauda por el espacio, Folsey, vestido de limpio, afeitado, convertido en una

nueva persona, se hallaba sentado a la mesa, devorando la comida que le había preparado el chino. Medilla estaba sentado frente a él, así como Legros y el médico. Sánchez estaba de guardia en los instrumentos.

Folsey hizo un somero relato de lo sucedido, estremeciendo visiblemente a su auditorio. Cuando terminó, dijo:

—Por supuesto, quedan levantados los arrestos de Vinson y McRaish. Esto no quiere decir que devuelva al primero su rango, sino que necesitamos todos los hombres útiles, Además, quiero que sepan una cosa.

Concluyó su taza de café y encendió un cigarrillo.

—Ya se han podido dar cuenta, especialmente ustedes dos, Medilla y Legros, que tenemos a bordo alguien especialmente interesado en que la nave no llegue a destino. Esa barrita de hierro imantado lo demuestra claramente. Solamente añadiré una cosa: si pesco al individuo que hizo la faena, yo le haré dos. Primero: averiguaré por qué lo hizo, aunque para ello tenga que emplear métodos primitivos, tales como los que usaban los pieles rojas en el siglo XIX. Estoy decidido a saber la verdad, y la sabré. Segundo: después de, que le haya hecho hablar, lo ejecutaré sin más. Y, como ese individuo está a bordo, queda advertido. Más le vale disimular hasta el término de nuestro viaje, porque, de lo contrario, su vida, a partir de ahora, no vale un solo centavo.

Hubo unas pausas de silencio después que el coronel hubo terminado. Luego, Legros presentó una objeción:

—Coronel, murieron tres en los templos. Bien pudo ser uno de ellos, ¿no lo cree así? En tal caso, el asunto queda cancelado.

—Pudiera ser como usted dice, Legros. Pero también pudiera ser que el saboteador intentara algún nuevo ataque. Les recomiendo una incansable vigilancia y, si lo hallaran, no disparen contra él, a no ser en caso extremo y solamente en legítima defensa.

—Lo que nos vamos a divertir —masculló Naradiar—. No nos faltará ya más que una guitarra y unas castañuelas para completar el cuadro.

—Acaso Sánchez las tenga —repuso el coronel.

Entonces, antes de que nadie pudiera replicarle, una voz se oyó en el comedor.

—Buenos días, señores. ¿O acaso son buenas noches? Como me

acabo de despertar lo ignoro. Espero sepan disculparme por ello, caballeros.

Folsey se puso en píe vivamente, contemplando a su sabor a la desconocida, cuyo tipo era el opuesto al de Ingrid. Ésta era de mediana estatura, sin ser baja, ni mucho menos, pero la recién llegada le superaba ampliamente. Un cabello negrísimo, brillante como ala de cuervo, unos ojos zarcos, grandes, enormes, debajo de un doble perfecto arco de cejas, y unos labios sangrantes, carnosos, componían un maravilloso conjunto, que suspendió la respiración de todos.

El grueso Legros fue el que resumió la situación, largando un prolongado silbido. Ella inclinó la cabeza amablemente.

—Agradecida —dijo, y dos o tres hombres se precipitaron a ofrecerle una silla.

Las cabezas de Naradiar y Medilla chocaron ruidosamente.

Alguien rió con fuerza.

—Lo mismo, lo mismito que hacían conmigo —dijo Ingrid, entrando en aquel momento, con acento de despecho.

Tomó bruscamente la silla que le ofrecía Ling.

El chino se afanó en servir a las mujeres. La desconocida volvió a hablar, con aquella voz suya, tan extrañamente musical, profunda, agradable en extremo.

—Supongo que todos ustedes estarán intrigadísimos y deseosos de conocer mi identidad, ¿no es así?

Folsey calculó la edad de la desconocida en unos veintiocho años. La vio serena, segura de sí misma, dominante y enérgica, pero con amable suavidad. Alzó la mano.

—No es necesario, si usted no lo desea, señorita. Nos basta con haberle salvado la vida.

—Por todo lo cual le estaré reconocida durante el resto de mis días, señor…

—Folsey, Bill Folsey, coronel astronáutico de la Décima Federación y comandante de esta nave. Éstos son…

Folsey presentó a los circunstantes y la joven correspondió a los saludos que se le dirigían con sendas inclinaciones de cabeza. Cuando terminó el coronel, ella dio su nombre:

—Me llamo Irene Bayglo, señores. Para mí ha sido muy oportuna su llegada a Rithiar, porque gracias a ello puedo contarlo.

—¿Rithiar? —exclamó con sorpresa Folsey.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Así es, coronel. Tal es el nombre del planeta en donde, para mi suerte, ustedes fueron a aterrizar. ¿Qué les impulsó a ello?

Antes de que Folsey tuviera tiempo de presentar una intrascendente excusa, Legros se anticipó rápidamente.

—Una avería en los instrumentos de astronavegación, señorita Bayglo. En realidad, no teníamos que haber aparecido en este lugar del espacio, pero, la avería nos extravió. El coronel decidió tomar tierra en tanto reparábamos los desperfectos.

—Agradezco al Cielo tan feliz casualidad —dijo Irene, sonriendo —. Supongo que ahora ya se habrán orientado, ¿no?

—Estamos tratando de hacerlo, señorita —repuso el coronel—. Y ahora, si no le importa, me agradaría hacerle algunas preguntas.

Irene se sirvió de la fuente que Ling la presentaba.

—¡Mrnmm…! Esto tiene un aspecto muy apetitoso, coronel. ¿De dónde saca usted tales artistas de la gastronomía?

—Ling es el autor de todo ello, señorita Bayglo. Todavía no contestó a lo que le dije.

—¿Ling? Le felicito, amigo —sonrió Irene—. Prometo, aun a riesgo de perder la línea, hacer cumplido honor a su comida.

—Ling sentilse muy honlado con sus palablas, señolita. Ling plocullal esmelalse más aún en lo sucesivo.

—Creo que ya no podría usted hacer más de lo que ha hecho, Ling —repuso Irene, saboreando un trozo de asado. De repente, pareció recordar algo—. ¿Decía usted, coronel?

—Tengo que hacerle unas preguntas —murmuró, procurando dominarse, Folsey—. Como comandante de una nave de patrulla, al término de ésta, habré de rendir un informe. Es lo reglamentado, ¿comprende?

—Oh, sí, coronel, por supuesto —dijo Irene, volublemente—. Diga, ¿de qué se trata?

—En primer lugar, ¿qué hacía usted en Re… en Rithiar?

—Oh, pues… estar allí, coronel.

Folsey se sonrojó.

—Ésa no es ninguna respuesta, señorita Bayglo.

—¿Cuál le esperaba que le diera, coronel? El que me haya salvado usted la vida no le da derecho a hacerme preguntas

impertinentes.

Ingrid, muy feliz, soltó una risita. Folsey la, fulminó con una mirada. Trató de armarse de paciencia.

—Escúcheme, señorita Bayglo, yo no le hago esas preguntas por capricho mío. Personalmente, me importa un pito lo que usted estuviera haciendo en Re… en Rithiar, ¡diablo! Pero he de cumplir con mi obligación, ¿comprende?

—Sí, coronel —contestó Irene sin dejar de comer—. Por mi parte, cumpla usted con los deberes inherentes de su cargo. ¿Acaso se lo impido yo?

—Sí, al no contestar a mi interrogatorio. Dígame de una vez. ¿Quién es usted y qué hacía en ese maldito planeta?

—Mi nombre —repuso ella con suavidad— ya lo sabe usted.

—Me refiero a su personalidad —chilló Folsey, arrepintiéndose al instante de sus gritos—. Oh, dispénseme, pero estoy algo nervioso.

—¿No tienen un médico en la nave? A mí me propinó un calmante que me puso como nueva. ¿Por qué no lo llama, coronel?

Folsey se pasó la mano por la cara.

—Está bien. Al menos, nos dirá qué sabe usted acerca de aquellos extraños habitantes de Re… ¡Rithiar, rayos!

—¿Las orugas? —Irene se estremeció visiblemente—. No me las recuerde, por el amor de Dios. Disuelven la carne con sólo un pequeño mordisco, ¿sabe?

—Ya lo vimos —comentó sombríamente el coronel—. Pero ¿por qué hacen eso?

—Es su método de defensa y de ataque… ¡y su alimento! Lo que usted vio desaparecer era solamente la piel. El resto de la carne, ya había sido devorado, en cortos segundos, por las orugas.

Un estremecimiento de horror corrió súbitamente por todas las espaldas. Fríamente, Irene continuó comiendo.

—¿Estaba usted extraviada en el espacio, señorita Bayglo? —preguntó Folsey, cuando, al fin, se sintió con fuerzas para hablar.

—Digamos que sí, coronel. Me encontré en Rithiar, pero las orugas no me molestaron grandemente, porque no se me ocurrió ir a buscarlas en su guarida.

—¡Los templos! —exclamó sorprendida Ingrid.

Irene le concedió una indiferente mirada.

—Exacto, señorita Baker. Las orugas humanas se consideran custodios de aquellos restos de una antiquísima civilización muerta hace milenios, y no toleran que nadie se apodere de un solo gramo de oro.

—Atacan a favor de las tinieblas —dijo Ingrid.

—Usted lo ha dicho. Al ponerse el sol de Rithiar, el suelo libera una especie de gas, totalmente inofensivo para la respiración, pero espesísimo, y esto es lo que causa la total oscuridad. La puesta y salida del sol son instantáneas, debido a la enorme velocidad de rotación del planeta, la cual, como ustedes pudieron ver, es grandísima.

—¡Pero… pero si estuvimos allí lo menos ocho o diez horas! —exclamó muy sorprendido Folsey—. Fue una noche interminable…

—¡Pamplinas, coronel! Era el miedo que tenían —rió Irene—. La noche no dura más de tres horas en las condiciones más favorables. Lo que pasa es que, en la situación en que se hallaban, no acababa nunca de pasar para ustedes.

—Pues la situación en que la vimos a usted, tampoco tenía nada de agradable —masculló Folsey, entre dientes, y secretamente tuyo el placer de ver el estremecimiento que sacudía los redondos hombros de Irene.

—Fue un descuido mío —comentó secamente.

—Descuido que usted tuvo, porque estaba la mar de entretenida espiándonos, ¿verdad? —dijo de pronto Folsey.

Irene lo miró fijamente.

—¿Tendría algo de particular, coronel? Yo no les conocía a ustedes. Dando por supuesto que me hubiera extraviado, ¿no era lo más lógico tratar de esconderme de unas personas cuyas intenciones ignoraba?

—Entonces, sería mejor substituir la palabra extraviada por perseguida. Una mujer que no teme nada, no se esconde de unos desconocidos que no llevan intenciones amenazadoras. Nosotros nos acercamos a usted, por supuesto, sin darnos cuenta de su presencia, y usted, Irene, retrocedió para no ser vista. Entonces, los tentáculos de la planta la atraparon. Dígame —continuó Folsey, implacable e impasible— ¿de quién y por qué huía usted? ¿A qué se debe la persecución de que era objeto?

Los labios de Irene se apretaron hasta formar una delgada línea

de color escarlata vivo.

—Me niego a contestar a esa pregunta, coronel.

—Soy el jefe de una misión de patrulla espacial y tengo pleno derecho, además del deber consiguiente, de conocer todo cuanto se relaciona con dicha misión. ¡Y usted está relacionada con ella, Irene Bayglo!

—¡Está loco, coronel!

—No lo estoy, señorita. ¿A qué Galaxia pertenece usted? ¿Kaidia… Lithenia… Lokok? Vamos, suéltelo todo de una vez, señorita Bayglo.

Folsey e Irene se miraron fijamente, cruzándose las líneas respectivas de visión como dos espadas llameantes. Ingrid, inconscientemente, adelantó el busto. Los demás callaban, atentos al rechinante diálogo.

Sobresaltándolos repentinamente, el megáfono soltó un bramido.

—Astronaves desconocidas por la proa, ¡coronel!

Todos se pusieron en pie al instante. Medilla y Legros, sin esperar a más, salieren disparados hacia la cámara de mando. Ingrid corrió al cuarto de radio. Los demás se encaminaron a sus puestos de una manera automática, sin esperar las órdenes del comandante de la espacionave.

Muy lentamente, con el terror retratado en su rostro, Irene, lívida, se puso en pie.

—¡Me están buscando a mí! —exclamó dramáticamente.

Folsey abrió la boca hasta que le colgó la mandíbula.

—¿A… a usted? ¡En nombre de Dios!, ¿por qué? —Y repitió, exasperado, la pregunta—: ¿Por qué, señorita Bayglo?

Bruscamente, Irene se irguió en toda la majestuosidad de su esplendente estatura. Pronunció unas palabras que estuvieron a punto de derribar de espaldas al aturdido Folsey.

—Porque yo soy el Presidente de la Cuadragésima Tercera Galaxia, coronel.

CAPÍTULO VII


n el absoluto silencio que siguió a las sensacionales palabras de la joven, sólo se oyó en la cámara el apagado rumor de las voces de los tripulantes, comunicándose unos a otros los datos necesarios para el gobierno y defensa de la astronave.

Folsey percibió con toda claridad el levísimo rumor que indicaba el despliegue de las pantallas energéticas de protección.

Luego, rehaciéndose, sacudió la cabeza.

—¿Vos… Presidente de Namor?

—Sí, yo, coronel. ¿Es que duda usted de mi palabra?

Folsey vaciló. Advertía un indudable acento de sinceridad en las frases de Irene, pero el hecho de que ella fuera la persona a quien tuviera que entregar el mensaje se le antojaba irreal, fantástico, por completo fuera de lugar.

Irene advirtió sus vacilaciones. Sonrió brevemente.

—Querrá convencerse de ello, ¿verdad, coronel?

El aludido se puso rígido.

—Nada me agradaría más que creeros, sin pruebas, por supuesto, pero… Tenía entendido que era BerBer Luwoe el Presidente de vuestra Galaxia.

—¿Cuánto tiempo lleva viajando por el espacio, coronel?

Folsey hizo un rápido cálculo.

—Todavía no llegan a las tres semanas. Unos diecisiete días terrestres.

—Hace exactamente dos semanas que Luwoe murió, asesinado. Yo era la vicepresidente y, automáticamente, asumí el cargo. Estaba viajando por… bueno, eso no importa ahora. Una Delegación de mi Gobierno me alcanzó y me entregó el distintivo que caracteriza a todo Presidente auténtico de Galaxia. ¿Le gustaría verlo, coronel?

Folsey no contestó, pero sus ojos hablaron elocuentemente por él. Irene volvió a sonreír y metió la mano en el escote.

Cuando la sacó, algo fulgía en ella. Una joya que deslumbró los ojos de Folsey, haciéndole parpadear. El joven respingó.

Realmente era una joya maravillosa, junto a la cual, ninguna de las que había visto en Rithiar podía comparársele tan siquiera. Consistía en una estrella de seis puntas, fabricada de una sola esmeralda, de un tamaño de diez centímetros y un grosor de dos cuando menos. Los lados de la fabulosa gema estacan protegidos por cantoneras de oro macizo, constelados por multitud de piedras preciosas, los famosos brillantes de fuego de Namor, el valor de uno solo de los cuales, según las habladurías, bastaba para costear el sostenimiento de una pequeña ciudad durante cinco años. La joya emitía constantemente una serie de cegadores destellos y estaba suspendida del esbelto cuello de Irene por una maciza cadena de oro.

Folsey examinó con atención la valiosísima insignia de mando. Todos los Jefes de Estado Galáctico llevaban atributos semejantes. El de Luthenia tenía un ópalo; el de Lukok un diamante; el de Kaidia un aguamarina; el de la Décima Federación, a la cual pertenecía él, un zafiro, quizá indicando, con su azul color, el de la Tierra vista desde el espació… Y en cada insignia estaba tallado un animal heráldico.

El de Namor era un águila rampante, bicéfala, pero cuyas cabezas de pájaro habían sido substituidas por sendas de león,

estilizadas en una forma muy moderna y agradable a la vista. En cada una de las garras se veía una estrella, y tres más sobre cada cabeza.

—¡Es suficiente, coronel! —inquirió ella, levemente irónica.

Folsey tomó el único partido que podía adoptar en aquellos momentos. Su cuerpo se envaró y sus manos cayeron, rígidas, a lo largo de sus costados. Dio a la joven el tratamiento que le pertenecía.

—¡Excelencia…! Os ruego mil perdones, pero habréis de comprenderme… Yo…

Jamás se le ocurrió dudar a Folsey de la legitimidad del título que a sí misma se había irrogado Irene. La joya que era emblema de su altísima posición tenía, para cada caso similar, una peculiar composición molecular y ajustada en todo momento a la de su cuerpo, y la joven no la habría podido llevar ni un solo momento, sin experimentar los más horribles sufrimientos. Cada vez que se elegía un Presidente y su correspondiente sustituto, dos preseas idénticas eran fabricadas, de acuerdo con la particular composición fisicoquímica de los cuerpos de cada uno, y nadie, sino ellos, podía ostentarla sin el menor peligro.

La Presidente de Namor sonrió.

—Estás disculpado, coronel —dijóle, empleando el tratamiento que le correspondía como inferior suyo—. Y no solamente disculpado, sino que, además, te agradezco tu desconfianza. De haber aceptado como buenas mis palabras, sin más, me hubieras causado una enorme decepción.

—Gracias, Señora —suspiró Folsey—. Es obvio, pues, deciros que estoy incondicionalmente a vuestras órdenes. Si mal no recuerdo, hace unos momentos que dieron la alarma mis vigías. ¿Tenéis alguna orden particular que darme, Señora?

Ella pareció meditar un momento. Luego alzó la cabeza y sus claros, límpidos ojos, se clavaron en los del coronel, penetrando en el ánimo de éste de un modo singular.

—Sí —dijo al cabo—, llévame a la cámara de mando.

Folsey extendió la mano.

—Por aquí, Excelencia.

Medilla y Legros se hallaban ya en sus puestos. Una pantalla visora, conectada con el cuarto de comunicaciones mostraba el

tenso rostro de Ingrid. Ling se hallaba en el panel de control de la artillería y los demás permanecían en los lugares asignados.

Folsey hizo una pregunta.

—¿Cuál es la situación, Medilla?

—Estamos rodeados por todas partes, coronel —repuso sombríamente el copiloto—. Vea el indicador de radar. Bonito panorama, ¿eh?

Folsey se inclinó sobre la gran pantalla verdosa, sintiendo, muy junto a su rostro, el cosquilleo de los rizos de Irene, la cual examinó también con atención el vidrio deslustrado. El joven se dio cuenta de que había al menos treinta o cuarenta astronaves rodeándolos por todos los puntos del espacio, formando una perfecta esfera cuyo centro eran ellos.

De momento no parecían querer atacarles. Fosley se dijo que parecían los buharros del desierto volando en círculos sobre su presa, describiendo continuas órbitas circulares en torno a ellos, pero sin descomponer ni por un momento la formación. De pronto se dio cuenta de una cosa.

Alzó tan vivamente la cabeza, que su rostro estuvo a punto de chocar con el de Irene. Los dos a una se sonrojaron. Pero Folsey se rehízo pronto.

—Medilla, ¿dónde está Vinson?

Se oyó una ahogada exclamación.

—Oh, lo siento, coronel. Con todos estos grajos volando en torno nuestro lo había olvidado por completo.

—Vaya a por él y que ocupe su puesto, tal como dije antes. Suelte también a McRaish. Mientras tanto, estudiaremos un plan de defensa.

—No podrás evadir la persecución de esas naves, coronel —dijo Irene fríamente—. Son muchas y tan rápidas cuando menos, como la tuya.

—De todas formas, Excelencia, no me rendiré sin antes haber probado…

Legros saltó en su asiento, volviéndose vivamente hacia la pareja.

—¿Ex… celencia? —balbuceó.

Folsey vaciló. Pero Irene le ayudó a salir del paso, mostrando por segunda vez aquella imponente insignia de su cargo. El rostro

del francés se puso como la grana al comprender súbitamente.

—¡El Presidente de Namor! —exclamó.

—La misma, Legros —sonrió ella.

—Pero… pero, entonces… ¿por qué no nos lo dijo desde un principio?

—¡Legros! —le reprendió Folsey—. No tiene el menor derecho a hacer preguntas a un Jefe de Estado Galáctico.

—¡Oh, cuánto lo siento! —Se disculpó el ingeniero.

—No se preocupe —sonrió Irene—. En realidad, les debía aquella explicación. Como ya te dije, coronel, estaba de viaje cuando Luwoe murió repentinamente. Los que me fueron a buscar y entregarme el nombramiento de Presidente, murieron, atacados desde el espacio por una nave desconocida, y yo tuve que esconderme en Rithiar. Lo habría pasado muy mal de no ser por vuestra llegada. Verdaderamente…

En aquel momento, penetraron en la cámara Vinson y Medilla. El primero traía cara de pocos amigos.

—¿A qué se debe ese súbito cambio de pensamientos, coronel? —preguntó. Y antes de que el aludido pudiera dar la respuesta, silbó—. ¡Fiuuu…! ¡Vaya una preciosidad! ¿De dónde la sacó, coronel? ¿Acaso del Star-Folies?

—¡Animal! —bramó Legros—. ¡Es la Presidente de Namor! ¿O es que no está viendo su insignia?

Vinson no mostró la menor extrañeza por las palabras del ingeniero. Continuó sonriendo cínicamente.

—Bueno, pues no deja de ser un verdadero bombón. Todo lo Presidente que se quiera, pero también todo lo bombón que uno espera ver en la mujer de sus sueños.

—¡Cállese de una vez, Vinson! —gritó, exasperado, Folsey. El primer copiloto se encogió de hombros.

—Tiene usted alma ce musulmán, jefazo. Usted quisiera monopolizar todas las mujeres, y eso no está bien, ¡qué caramba! Primero Ingrid, luego…

¡*Crack*!

El puño de Folsey impactó duramente contra la mandíbula del primer copiloto. Como no había gravedad, lo empujó hasta el mamparo más próximo, en donde, perdido el conocimiento, Vinson quedó con los miembros fláccidos, en una ridícula postura, muy

abiertos los ojos. Pero, por la fuerza de reacción de su propio golpe, Folsey salió despedido para atrás también con idéntica violencia. A no andar vivo y ponerse las manos en la nuca, Hubiera recibido sin duda un buen golpe.

Se ayudó con los pies para regresar al centro de la cámara. Pidió excusas a Irene.

—Excelencia, os ruego me disculpéis por la incorrección cometida por uno de mis hombres, el cual, os aseguro, será castiga…

Irene agitó la mano.

—Déjalo estar, coronel. Opino que hemos perdido demasiado tiempo y que esos cuervos están todavía acechándonos en el espacio. ¿Qué opinas que debemos hacer?

Folsey se rascó pensativo una mejilla.

—Deberíamos poner a prueba su velocidad, señora. Ésta es una buena nave, construida especialmente para…

—Lo sé —le cortó ella con una sonrisa—. Sin embargo, dudo que obtengas algo positivo. Pero no quisiera privarte de un placer.

—Está bien —dijo Folsey. Acto seguido ordenó—. Medilla, ate a Vinson en su sitio. Excelencia, venid conmigo.

Al entregarle las correas para sujetarla, las manos de ambos se encontraron una décima de segundo. Fue un tiempo infinitesimalmente breve, pero suficiente, empero, para que por las venas de los dos circulara una renovada corriente de sangre nueva. Un instante permanecieron mirándose mutuamente a los ojos, y luego Folsey, carraspeando, se sentó.

Conectó el micrófono que enlazaba con el puesto de mando.

—Medilla, acelere hasta ganar el máximo de velocidad.

—Sí, señor. ¿Rumbo?

—Por ahora es indiferente. Lo que interesa es despegarnos de esa manada de aves de rapiña.

En lo profundo de las entrañas de la nave, los motores empezaron a gemir y a quejarse cuando la energía almacenada en ellos fue liberada en cantidades ingentes. Todo el mundo, previamente advertido, fue arrojado hacia atrás en sus sillones anti gravedad y las respiraciones se redujeron al mínimo.

Una hora más tarde, la cruda verdad se impuso con todo su sombrío realismo.

—No hay nada que hacer, coronel —dijo Vinson, ahora llevando la maniobra de la nave—. Esos pajarracos no se nos despegan ni con agua caliente.

Folsey y la Presidente se miraron. El primero acercó los labios al micrófono.

—Vinson, intente, por favor, una transición espaciotemporal.

—Estamos en un lugar no señalado en nuestras cartas, coronel —se quejó el copiloto.

La mano de Irene se apoderó repentinamente del micrófono. Su melodiosa voz, perfectamente tranquila ahora, se expandió por todos los rincones de la nave sideral.

—Puedo garantizarte, copiloto, que en dos millones de kilómetros, a la redonda, no hay ningún cuerpo celeste, con excepción de Rithiar. Haz una transición de corto espacio, en dirección opuesta al planeta que hemos abandonado hace poco.

—Sí… sí, señora… —contestó la voz, de sorprendidos tonos, de Vinson.

La nave comenzó a vibrar. Sus motores acumulaban energía que luego se disiparía en un segundo, durante el tiempo que durase la transición. Las estrellas empezaron a revolotear, enloquecidas, en la celeste pantalla.

Cuando al fin se aquietaron, Folsey lanzó un ruidoso suspiro de alivio. Pero una exclamación de Medilla le cortó el resuello en seco.

—¡Están ahí, coronel! ¡No se despegaron! —gritó, con no disimulada histeria.

Desasiéndose de las correas, Folsey corrió hacia la pantalla visora. Frunció el ceño y apretó los puños, con impotente rabia. Sí., el segundo copiloto tenía toda la razón. Obsesivas, amenazantes, con ominoso aspecto, allí estaban las treinta espacionaves de la Triple Coalición, aguardando solamente, el momento preciso para caer sobre la terrestre y devorarla de un solo bocado.

Desalentado, Folsey dejó caer los brazos a lo largo de sus costados. Tenía al lado a Irene.

—Lo lamento, Excelencia. Todo cuanto podíamos hacer, excepto una cosa, está hecho.

—¿Qué recurso te queda, coronel?

El aludido meneó la cabeza.

—Estando vos a bordo, no me atrevo a emplearlo.

—¡Te ordeno que me lo digas, coronel! —exclamó ella, pateando impaciente el suelo.

Folsey vaciló visiblemente.

—No puedo arriesgar vuestra vida, señora… Yo…

—¿Te refieres a pelear hasta la muerte?

—Así es, Excelencia —concedió Folsey, agachando la cabeza.

Ella no le hizo caso de momento. Miró fijamente la pantalla de radar, en la cual se veían las naves enemigas, cruzándose incansablemente, no dejándoles el menor resquicio para la huida.

Irene se cruzó de brazos.

—Quiero hablar con el jefe de la flota enemiga. Trata de ponerme en contacto con ellos, coronel.

—Al momento, Excelencia —y Folsey habló brevemente con Ingrid. La muchacha asintió y empezó a manipular diales y controles.

Al cabo de unos momentos, Ingrid dijo:

—Él comandante de la flotilla enemiga al habla, coronel.

Folsey pasó el micrófono a Irene. Ésta lo tomó y empezó a hablar.

—Escuchadme, patrulleros de la Triple Coalición. ¿Dónde está vuestro jefe?

Una voz bronca, gutural, se extendió metálicamente por el interior de la nave.

—General
Ki-Yar
al habla. ¿Con quién se deshonran mis labios hablando?

Una colérica sombra pasó por los bellísimos ojos de Irene. Pero logró, a pesar de todo, mantener su ecuanimidad. Contestó:

—Soy el Presidente de Namor y os ordeno dejéis el paso libre a mi nave. Inmediatamente. ¿Lo oyes, general
Ki-Yar?

Una exclamación de sorpresa se oyó a través de los megáfonos.

—¡Imposible! ¡Irene Bayglo no…!

La aludida hizo un gesto.

—¡Objetivo de T. V.! —pidió.

Folsey hizo lo que le mandaban, e Irene procuró colocarse dentro del campo visual del tubo que, a través del espacio, enviaría su imagen a las pantallas enemigas.

—¿Te convences ahora,
Ki-Yar?
¿Soy o no el Presidente de Namor?

Una sonora carcajada fue la respuesta. Cuando el acceso de hilaridad del jefe enemigo se hubo calmado, soltó un chorro de palabras.

—No sabes, bella dama, el trabajo qué nos ahorras al encontrarte en la nave que «escoltábamos». Pensábamos apoderarnos de ella, en el momento oportuno, y conducir a sus tripulantes a Kaidia, pero… ¡estando tú ahí, mis órdenes son otras! ¡Naves de la Triple Coalición, al ataque! ¡Ataque, ataque!

La contestación enemiga llenó de estupor a los ocupantes de la nave terrícola. Sin embargo, el único que no perdió la cabeza, el único que en todo momento tuvo conciencia de su cargo, fúe su comandante.

Con brusco gesto tomó el micrófono que aún sostenía la inerte manó de Irene. Ladró una orden:

—¡Atención todo el mundo! ¡Zafarrancho de combate! ¡Equípense con trajes radiactivos! ¡Legres, toda la energía disponible a las pantallas protectoras!

Luego tomó de la mano a Irene.

—Dispensadme, Excelencia, pero es obligatorio, en estos casos, el que os pongáis un traje antirradiactivo. Venid.

Echaron a andar, colgados de una correa transportadora en el momento en que un feroz chillido sonaba en el corredor.

Folsey identificó al instante la voz del chino Ling, con el semblante contraído, señalaba una puerta abierta, de la cual salía, muy lentamente, una siniestra mancha roja. Tan excitado estaba el chino que se olvidó de macarronear el idioma, suprimiendo las erres.

—¡Coronel, McRaish está ahí, degollado!

Folsey respingó, asomándose. En el mismo momento sintió una terrible náusea que le hizo agarrarse con fuerza a la correa.

Flotando en aquel ambiente sin gravedad, el desgraciado tripulante, con el cuello abierto de oreja a oreja, se movía lentamente a impulsos de las debilísimas corrientes de aire que allí había. La sangre derramada, formando miles de minúsculos glóbulos, lo rodeaba como una siniestra aureola de color escarlata.

CAPÍTULO VIII


eñor Folsey, esto es horrible, ¡horrible! —gimoteó el chino, a punto de desmayarse.

Folsey reaccionó prestamente, echando el brazo atrás e impidiendo que Irene pasara al interior de la siniestra camareta. Soltó un enérgico bufido.

—¡Ling! Dije que todo el mundo se pusiera el traje antirradiactivo. ¿O no me oyó? ¡Póngaselo enseguida!

—SI, si coronel; pero es que la vista del pobre McRaish me trastornó de tal modo…

Folsey alargó la mano y cerró la puerta con un golpe seco.

—Ahora no tenemos tiempo de pensar en tales minucias. ¡Vístase y no pierda un segundo! ¡Excelencia —se dirigió a Irene— seguidme!

Se dirigieron rápidamente al cuarto-vestuario, donde eligió un traje apropiado para la joven, cuyas esbeltas líneas desaparecieron bajo el grosor de aquel espeso tejido a base de plomo. En la Tierra

no se hubieran podido mover, pero allí lo realizaban con toda facilidad, al carecerse en la nave de atracción gravitatoria.

Estaba Folsey comprobando los depósitos de aire respirable de su traje, cuando de pronto una fuerte conmoción sacudió la nave.

—¡Torpedo a estribor, coronel! —dijo la fría voz de Legros.

Folsey se quedó helado.

Buscó con la vista un micrófono. Al hallarlo en un panel, preguntó, excitadísimo:

—Y las pantallas de protección ¿para qué sirven?

—Lo siento, señor; pero estos proyectiles parecen ser de nuevo cuño y no los detienen nuestras defensas… ¡Cuidado! ¡Agárrense, ahí viene otro!

Una nueva y tremenda sacudida bamboleó la nave de arriba abajo, haciéndola crujir por todas sus junturas.

—Torpedo estallado en el motor número tres, señor —informó el francés.

—Cierre las compuertas antirradiactivas, Legros.

—Al momento, señor.

—¡Ling! ¿Qué hace su artillería? —preguntó impaciente Folsey.

—Estoy tratando de ponerme en posición de tiro, señor.

—Pues no lo deje para Navidad, ¡demonio! —Gruñó el joven malhumorado.

Otro feroz estampido sacudió la nave desde la ahusada ojiva de la proa hasta sus enormes chorros de popa.

—Solamente avería sin importancia ahora, coronel —dijo Legros, siempre impasible. Folsey percibió el leve chasquido que causaba el disparo de uno de los torpedos propios. Si Ling trabajaba de acuerdo con su fama, los otros no se irían ciertamente con las manos vacías.

—Legros —llamó de pronto.

—Diga, señor —contestó el francés, en medio de dos estruendosas detonaciones—. No, no han causado daños apreciables.

—Muy bien. Veo que es inútil derrochar energía en las pantallas deflectoras. Aplíquela a los tres motores restantes, y larguémonos de aquí a toda velocidad. No me gusta enseñar los chorros a mis enemigos, pero tampoco nos queda otra cosa que hacer.

—Muy bien, señor —dijo el ingeniero.

La sorda vibración de la astronave aumentó perceptiblemente y Folsey y la joven se sintieron aplastados contra el mamparo por efectos de la aceleración.

En aquel momento, surgió la catástrofe. Otro proyectil alcanzó la nave y, apenas pasados sus estrepitosos efectos, una serie de horripilantes alaridos se extendieron por todo el interior del aparato. La sangre de Folsey se heló en las venas.

De un salto se plantó en el corredor. Dos hombres salían por una de las puertas, las más alejadas, tambaleándose como beodos. Cuando estuvieron cerca, Irene y Folsey, horripilados, advirtieron que sus espantosas vacilaciones eran debidas a la ceguera provocada por el devorador resplandor radiactivo.

—¡Saltó el colector número uno, señor! —Lloró Naradiar.

Toda su carne era una pura llaga, de arriba abajo, cayéndosele la piel a jirones. A su lado, el médico trataba en vano, con manos de las cuales se le desprendían los dedos quemados, de asirse a cualquier parte para no caer al suelo.

No fue este espeluznante cuadro el que puso de punta los cabellos del coronel, sino el hecho de que los trajes antirradiactivos de ambos infelices estuvieran hechos trizas, quemados. Notó en el rostro la bofetada de la radiación de aquellos cuerpos empapados de neutrones hasta la médula de los huesos.

Folsey no vaciló un segundo. Su mano buscó una palanca y la halló. Una pesada plancha de plomo bajó rápidamente, estrellándose contra el suelo con sordo chasquido. Los gritos de ambos infelices se apagaron rápidamente, cortados en seco por la gruesa protección del nuevo mamparo.

—¿Por qué los abandonas a su suerte, coronel? —inquirió la joven, a punto de estallar en cólera.

Folsey se volvió lentamente hacia ella.

—No puedo hacer otra cosa, Excelencia. Están llenos de radiactividad hasta los huesos y, lo que es peor, serían capaces de «calentarnos» a nosotros peligrosamente. Morirán dentro de muy poco y los auxilios que les pudiéramos prestar, les iban a servir de muy poco. Mire —dijo, alargando la mano y tomando un sensible contador Geiger que había allí cerca.

Dio media vuelta al interruptor, tras una fenomenal conmoción de la nave a consecuencia de un nuevo disparo. El Geiger se

estremeció, chirriando enloquecido.

—¿Lo ve? Ni siquiera aquí estamos seguros. Y los trajes…

Preso de una súbita sospecha, agarró una manga del suyo. El garantizado como indestructible tejido se desgarró con la facilidad de una vulgar tela de algodón. Debajo de su gruesa escafandra, Irene livideció.

Folsey rió amargamente.

—Desde el primer momento sospeché que había un traidor. Muy elevado debe de ser el precio que le pagan, para arriesgar así su propio pellejo.

—¿Lo crees así, coronel? —preguntó ella absorta.

—¿Que si lo creo? —Volvió él a reír, con la nerviosa risa del condenado a muerte que sabe denegado su indulto—. ¿Que si lo creo? —repitió.

En aquel momento se produjo el desastre final. Un torpedo impacto directamente en la proa de la astronave, fulminando a los pilotos. Irene y Folsey rodaron por el suelo, sufriendo numerosos golpes antes de que la nave recuperara su precaria estabilidad.

Cuando, al cabo de unos momentos, Folsey pudo ponerse en pie, y ayudar a la joven a hacer lo misino, se despojó en un santiamén de la escafandra.

—Cambiémonos de traje. ¡Hemos de saltar al vacío! ¡Legros! ¿Cómo van los indicadores?

—Mal, señor. La reacción nuclear de nuestros motores ha aumentado peligrosamente su velocidad.

—¿Qué tiempo cree usted que tenemos antes del estallido?

—Yo diría media hora, pero siendo sincero, sólo concedo un margen de quince minutos. Fuera de este plazo, no puedo garantizar nada, coronel.

—¡Está bien! ¡Usted, la señorita Baker y Sánchez, cámbiense de ropa y vistan trajes de vacío! ¡Vamos a saltar fuera!

—¿Abandonamos la nave, señor? —inquirió sorprendida Ingrid, silenciosa hasta entonces.

—Eso es, exactamente, lo que trato de hacer —contestó el coronel. Se volvió hacia Irene—: Excelencia, ya oyó las noticias. No puedo concederle un segundo más de lo estrictamente necesario.

Más torpedos golpearon el maltrecho casco de la nave, haciéndola dar espantosos bandazos. En tanto ayudaba a Irene a

ponerse la escafandra de vacío, Folsey pensó en que cualquiera de aquellos proyectiles podía alcanzar alguno de los motores en estado de desequilibrio, y… «Bueno, ni nos enteraremos siquiera», gruñó para sí.

Sánchez y Legros se les reunieron enseguida.

Ingrid llegó un minuto después, peleándose con su casco. Folsey le ayudó a encajárselo.

—Vamos, a la esclusa norte, que es la única viable.

Corrieron los cinco desesperadamente. Tras ellos oyeron los chillidos del chino.

—¡Eh, que yo también quiero largarme de este ataúd flotante!

En compacto grupo pasaron a la cámara de aire. A pesar de que ya no importaba nada, Folsey no quiso salir sin cumplir con los requisitos, de costumbre, para evitar que el aire súbitamente desalojado les expulsara con más violencia de la necesaria. Cuando se hubo hecho el vacío en la esclusa abrió la mampara exterior.

Ayudándose con un leve empujón de los pies, todos salieron fuera. Luego utilizaron los reactores individuales, soltando unas cuantas impulsiones para adquirir velocidad. La astronave, rota, desgarrada, enseñando por algunas de sus grietas el fatídico resplandor de la radiactividad que se desparramaba por encima de los colectores reventados, se alejó rápidamente, convertida en un ataúd espacial.

Durante un buen rato, navegaron juntos, formando una cadena, unidos por las manos, De pronto, vieron un rastro de fuego que se dirigía hacia el punto donde habían dejado su nave.

Todos comprendieron instantáneamente lo que ocurría. Alguna patrullera perteneciente a la Triple Coalición se acercaba para investigar.

Un colosal chispazo se encendió bruscamente, en medio de un absoluto, silencio. Un segundo fogonazo, casi sin interrupción, sucedió al anterior, y todos supieron que la nave enemiga había estallado, «contagiada» por la suya propia.

Pero ninguno de los náufragos del espacio habló. So pena de ser localizados, no podían utilizar los transmisores de radio. Sombríos pensamientos cruzaron por el cerebro de Folsey.

Sin embargo, esto duró muy poco. Antes casi de que se dieran cuenta, el brillo metálico del casco de una nave surgió ante sus ojos.

El colosal aparato, de más de doscientos metros de largo, se plantó a escasa altura de sus, cabezas.

Folsey decidió que era inútil seguir más tiempo en aquella situación. Dio media vuelta al interruptor e hizo señas para que los otros le imitaran.

—Bien, amigos —dijo, cuando estuvo seguro de ser oído—, ya no tenemos nada que hacer, sino entregarnos a discreción, a la clemencia… o a la impiedad del vencedor. A partir de ahora, os relevo de la obediencia que me debéis y podéis obrar como se os antoje. No obstante, os aconsejo no resistir; la cosa podría empeorar notablemente.

Una voz aplaudió sus palabras. Pero no era de ninguno de sus compañeros.

—¡Bravo, coronel Folsey! Así se habla, ¡qué demonio! Tenía que haber hecho eso desde un principio y acaso se hubiera evitado unas muertes innecesarias.

—¿Quién es usted? —preguntó con un rugido.

—¿Tan pronto me olvidó, coronel? Soy K'I-Yar, para que lo sepa, general en jefe de esta escuadra patrullera. Debió entregarse antes, Folsey.

—Usted no me dio opción alguna, general —contestó el joven, sintiéndole hervir la sangre—. Ordenó atacar a sus naves con plena deliberación y a sabiendas de que en la mía se encontraba la Presidente de Namor.

—Aquello fue una equivocación, Folsey. Lo pensé mejor y creo que me conviene mejor llevarlos como mis prisioneros a Kaidia. Sí, eso es; creo que su captura me servirá para ganar algunos grados.

—Los generales romanos —contestó reflexivamente el coronel— solían uncir al yugo de sus carros a los prisioneros de elevada estirpe que tomaban en sus campañas guerreras. ¿Hará lo mismo con Su Excelencia Irene Bayglo, general Ki-Yar?

Una estremecedora carcajada resonó a través de los altavoces.

—No sería mala idea, coronel, no sería mala idea: Según tengo entendido Su Excelencia es un portento de hermosura. Habría que ver el espectáculo que daríamos en la Avenida de las Mil Galaxias en Kaidia, ¿eh?

Los dientes de Folsey rechinaron.

—El espectáculo lo daría Usted, general, si pudiera quedarme a solas con usted nada más que cinco minutos.

—Bien, bien, gallito como un terrícola, se dice en el Universo. Y usted, por supuesto, no iba a ser la excepción a la regla, ¿verdad?

Folsey alzó la cabeza, dándose cuenta de que la nave maniobraba para engullirlos en las abiertas fauces de su esclusa principal. Una negra sombra les ocultó durante unos segundos, y después, la seca vibración de un mamparo al correrse, les indicó que estaban fuera del vacío.

El aire silbó al inundar la esclusa. Una lámpara encendida en el techo les permitió mirar el indicador de aire respirable, y cuando éste llegó al límite normal, Folsey se despojó pausadamente de la escafandra.

Ayudó luego a hacer lo mismo a Irene. Los azules ojos de Ingrid los miraron a ambos con rabia mal contenida. La muchacha sintió unas palmadas en el hombro.

—Vamos, vamos, chica, tranquilízate. Ese bocado no es para ti; Folsey pica mucho más alto —le siseó el español a su oído, sonriendo abiertamente.

—Me parece que aquí hay muy poco donde picar —masculló la muchacha, tirando desdeñosamente su casco.

Entonces se abrió la otra compuerta.

Todos se volvieron hacia allá. Un hombre, seguido de una docena de guerreros armados hasta los dientes, les contemplaba, sonriendo burlonamente, con las piernas abiertas y las manos apoyadas en las caderas.

Ki-Yar

era un magnífico ejemplar de hombre. Tan alto como Folsey, pero mucho más fornido, con un pecho como un barril, pero sin una sola onza de grasa en toda su inmensa estructura humana. Una roja barba, llameante, como el resto de su revuelta cabellera, y unos ojos azules, fríos como el hielo, eran el detalle más saliente de su ya de por sí sobresaliente aspecto.

Rió con una risa que parecía salida de las profundidades de una caverna.

—Bienvenidos a mi nave, terrestres, sed bienvenidos. Y a la namoriana, también mi bienvenida.

—Ése no es el saludo que se le debe a un Jefe de Estado Galáctico,
Ki-Yar
—le corrigió gravemente Folsey.

Los ojos del general coaligado, brillaron intensamente.

—En mi nave y no siendo coaligado el que la visita, soy yo el que decido el protocolo. ¡Pasad dentro de una vez!

Folsey obedeció, notando en su brazo la mano de Irene. Caminó unos pasos hasta encontrarse a menos de un metro del general. Observó con curiosidad los rutilantes emblemas de su cargo sobre sus hombros.

—¿Qué miras, terrestre? —bramó
Ki-Yar.

—Nada —contestó Folsey, siempre dueño de sí— excepto que me gustaría saber la suerte que vamos a correr.

—Ya os lo dije antes: sois mis prisioneros.

—¿También Su Excelencia Irene Bayglo? —Inquirió el joven.

—También —contestó con sequedad el general—. ¿Qué hay en ella de excepción? Aparte, Señora —se inclinó rendidamente
Ki-Yar
— de vuestra maravillosa hermosura, por supuesto.

—Dejaos ahora de cumplidos, general —le interrumpió con muy poca paciencia el joven—. Acepto que yo y mis compañeros podamos ser prisioneros vuestros, pero nunca Su Excelencia. Es un Jefe de Estado y su detención de una manera súbita y violenta podría acarrear una declaración de guerra a la Triple Coalición por parte de los planetas de la Cuadragésima Tercera Galaxia.
Ki-Yar
se mesó la barba, con una chispa de burla en sus ojos.

—¿Es uno de miedo, coronel? ¿Por qué te crees que andábamos patrullando esta zona del Universo, sino para apoderarnos de vosotros y de paso, si la hallábamos, de Su Excelencia?

—Eso se contradice con las órdenes que diste de atacarnos,
Ki-Yar.

La contestación fue seca:

—No tengo que darte explicación alguna acerca de mi conducta. Por ahora, bástate saber que, al igual que los demás, eres mi prisionero y que vendréis todos, conmigo, a Kaidia.

Folsey se resignó. En medio de todo, aún estaba vivo. Pero nada podía consolarle del fracaso de su misión, a pesar de decirse que, de no haber sido por los turbios manejos del saboteador, no se habrían perdido en Rithiar y…

Suspiró, un instante desalentado, pero aún tuvo fuerzas para insistir:

—Por lo menos, espero que sepas dar a Su Excelencia el trato debido a un personaje de su rango
Ki-Yar.
No puedo interceder en favor nuestro, pero si trato de que a Su Excelencia…

La mano de Irene se apoyó en su brazo.

—Déjalo, coronel. Está en su nave, es dueño de nosotros y, en fin, él es el vencedor, y nosotros somos los vencidos. —Alzó la cabeza y miró, desafiante a Ki-Yar-Echa tu espada en la balanza, general; es lo único que te falta.

Las altivas palabras de Irene desconcertaron no poco a
Ki-Yar.
Cualquier cosa, quizá una violenta reacción en la joven, pero jamás aquella fraseología un poco difícil de comprender para él, un hombre cuya existencia se había basado siempre en el predominio de la fuerza sobre la inteligencia. No obstante, se recuperó pronto.

—Nadie os hará el menor daño, Excelencia, en tanto dure el viaje hasta Kaidia. Personalmente cuidaré de vos y daré las órdenes oportunas para que seáis tratada con el respeto que se merece vuestro elevado rango. Haré que os dispongan una cámara aislada…

—¡Eso no, general! —protestó vivamente Irene—. ¡No lo admito!

—¿Desconfiáis de mí? —Se receló
Ki-Yar.

—Dejémoslo estar. Quiero una cámara en la cual podamos estar juntas la señorita Baker y yo… a no ser que te opongas por la fuerza.

—Nadie os tocará un solo cabello, cuando menos durante nuestro tránsito hasta Kaidia. Lo que allí haya de ser de vos, lo decidirán los miembros de la Triple Coalición. Por favor, seguidme.

Las dos muchachas echaron a andar, precedidas por el imponente corpachón de
Ki-Yar,

en tanto que los varones se quedaban allí, custodiados por los guerreros coaligados. No obstante, antes de desaparecer de su vista, Folsey sintió en su mano el cálido contacto de la de Irene, como un anuncio de algo que quizá no fuera jamás posible. Por su parte, Ingrid le obsequió con una mirada asesina.

Más tarde, en la relativa soledad de su celda, en tanto que Ling, Legros y Sánchez entretenían sus ocios charlando animadamente, él, acodado junto a un ventanal, desde el cual contemplaba el imponderable espectáculo del cielo estrellado, pensó muchas veces en las últimas palabras que el Coordinador había pronunciado, de entrecortada manera, en los espasmos de su agonía.

«*No… ya… tarde… Corre… mensaje… entrégalo a Ir…*».

Ahora ya sabía que «Ir…» era Irene, la Presidente de Namor. Pero ¿qué contenía el mensaje? ¿Qué cosa tan vital era que le había sido inculcada de un modo tan secretísimo? Si se lo hubieran confiado de un modo menos corriente, autosugestión o hipnotismo, por ejemplo, ya habría hallado el medio de extraerlo de las profundidades de su mente. Pero así… salvo una operación quirúrgica, que nadie, en aquellos lugares estaba capacitado para realizar y en la cual él no hubiera consentido, no podía conocer el contenido del mensaje.

Furioso, irritado injustamente contra sí mismo, se golpeó la frente con ambos puños. Sus compañeros le miraron asombrados. Mientras, la nave coaligada volaba raudamente hacia Kaidia, hacia un destino que, por el momento, les resultaba imprevisible en absoluto.

CAPÍTULO IX



o, no hubo desfile triunfal como Folsey había pensado. Por el contrario, al llegar a Kaidia, las cosas se hicieron con bastante discreción.

Desde el astropuerto, Folsey, Irene y los restantes, fueron embarcados en varios vehículos militares, eso sí fuertemente escoltados. La Presidente de Namor y Folsey, junto con Ki-Yar, embarcaron en uno de ellos, en tanto que Ingrid, Legros y Sánchez montaban en otro. Delante y detrás, varios automóviles movidos por repulsión electromagnética, deslizándose sin el menor traqueteo a unos centímetros del pavimento marcaban y cerraban la ruta, custodiando a los prisioneros.

La Avenida de las Mil Galaxias conectaba directamente con la electropista que conducía al astro puerto. Había un pequeño espacio despejado, y el resto eran ya edificaciones de todo género. Altísimos edificios, separados entre sí por el par de centenares de metros de la

Avenida, resplandecientes brillando como ascuas al sol de aquel mundo; puentes que unían las calles transversales entre si, diferentes subavenidas en distintos niveles para facilitar el tránsito; espejeantes fachadas y pavimentos, todo esto componía un singular espectáculo que, a pesar de las preocupaciones que embargaban a los prisioneros, no pudo por menos de subyugarlos y dejarlos, mudos, extáticos, sumidos en la contemplación de tanta maravilla.

Precedidos por el agudo gemir de las sirenas, los vehículos se deslizaron por la Avenida con enorme velocidad. SI tránsito se detenía instantáneamente al verlos pasar, pero los habitantes de Kaidia no mostraban mayor curiosidad y apenas si concedían a la caravana una indiferente mirada. Por lo visto, se dijo el coronel, estaban ya acostumbrados a demostraciones de aquella índole.

El viaje se prolongó durante casi media hora, a cuyo término los singulares vehículos comenzaron a aminorar la marcha. Folsey se dio cuenta de que llegaban al final de la Avenida.

Allí, la Avenida de las Mil Galaxias se ensanchaba en una colosal plaza circular, de casi un kilómetro de diámetro. En su centro había unos maravillosos jardines, en varias terrazas superpuestas, y en el extremo que cerraba la colosal vía, divisó varios edificios de un lujo y una grandiosidad indescriptibles.

Con apacible suavidad, los vehículos se detuvieron. Los de escolta rodearon prudencialmente a aquél en que viajaban
Ki-Yar
y sus prisioneros, todos los cuales, a una indicación del primero, se apearon.

Echaron a andar, remontando una enorme escalinata de refulgente mármol. Pero no entraron por la gran puerta principal, sino por otra situada al lado, cuyos guardianes saludaron respetuosamente al general. Éste, como un dominador, dictó una serie de órdenes que dieron por resultado el que la media docena de sus prisioneros quedaron reunidos unos minutos más tarde, en una gran habitación, lujosamente amueblada, y de la cual no se hubiera sabido era su cárcel a no ser por los dos centinelas armados hasta los dientes que, independientemente de los del exterior, estaban situados a ambos lados de la puerta, en la parte de dentro.

Alguien entró, portador de una bandeja con alimentos. Hubo sus dudas y vacilaciones, resueltas por el español, quien se apoderó sin

remilgos de un enorme trozo de pastel.

—Si esos tíos me van a pelar, padeceré cuando me liquiden, es cierto. Pero, cuando menos, ahora, viendo estas cosas tan ricas que nos han traído, no tengo ganas de amargarme yo mismo la existencia —concluyó, atizando un feroz; bocado al pastel. Los carrillos se le hincharon pintorescamente, provocando una débil sonrisa de Irene.

Folsey tomó un plato, poniendo en él algo de comida. Se lo entregó a Irene, haciendo luego lo propio con Ingrid, la cual le correspondió con una mueca. Ling protestó.

—Colonel —dijo con su típico acento— usted usulpal mi puesto. Yo selvil comida a todos ustedes; yo sel cocinelo…

—Aquí no hay cocina ahora, yema de huevo —refunfuñó Legros, tomando su porción.

Durante unos minutos, no se oyó nada. En verdad, pensó Folsey, la comida no había podido llegar más oportunamente.

Cuando más atareados estaban, se oyó una exclamación. Todos se volvieron hacia el español, quien, con la boca completamente llena, no lograba hacerse entender.

En la estancia había varias ventanas, cuyos vidrios habían estado hasta entonces ocultos por sendas persianas. Sánchez había tenido la ocurrencia de descorrer una de ellas, y el gesto había tenido la virtud de excitarle.

Tragando desaforadamente, pudo hablar al final.

—¡Miren! ¡Miren! ¿Dónde se ha visto nada igual?

El coronel se aproximó a la ventana, de gran amplitud, aunque con un vidrio que la aislaba herméticamente de otros departamentos. Se sobresaltó al contemplar el panorama.

Debajo de ellos, a unos quince metros, se abría un colosal salón, de forma exagonal, de unos cien metros de anchura máxima por más de cincuenta de altura. En un principio parecía una especie de teatro o cosa por el estilo, a juzgar por las treinta o cuarenta butacas que había en el pavimento, y unas aberturas de regular tamaño, muy semejantes a los palcos de un coliseo terrestre, situadas a varia altura en las paredes. Había, en un lado, una especie de estrado presidencial, con tres lujosos sillones, y delante del estrado una especie de barra para los testigos, al modo de las usadas en los tribunales terrestres.

Pero no fue esto lo que más llamó la atención de los expedicionarios, sino lo que había frente a ellos, ocupando por completo uno de los costados del exágono. Era un colosal panel de vidrio, de cincuenta metros por cincuenta, lleno totalmente de agua, a modo de colosal estanque.

En un principio, Folsey no vio otra cosa que el verdoso líquido elemento. Poco a poco sus pupilas fueron captando otros detalles.

El fondo del, estanque estaba recubierto de rocas y plantas marinas, a modo de un acuario, que en aquellos momentos parecía desierto.

Súbitamente, Irene exhaló un grito de espanto.

—¡Miren! —gritó, extendiendo un tembloroso índice.

Legros farfulló algo ininteligible.

Folsey, por su parte, sintió que se le erizaban los cabellos. No podía existir nada semejante a lo que estaba viendo. Y, sin embargo, existía.

Del rocoso fondo del acuario surgió lenta, siniestramente perezosa, una masa grisáceoparduscа, que avanzó hacia el vidrio con espeluznantes ondulaciones, haciendo removerse las aguas con el incesante agitar de sus tentáculos. Era un octópodo, un gigantesco calamar, acaso un pulpo, de aterradoras proporciones, de dimensiones mitológicas, de al menos Quince metros del saco o bolsa en donde brillaban espantosamente dos muertas pupilas, llenas, sin embargo, de una aterradora vida, al extremo afilado de sus larguísimos tentáculos, surcados por una infinita serie de ventosas.

El palpo pereceó hasta llegar al vidrio, al que se adhirió con varios de sus tentáculos, dejando ver su boca, que era capaz de partir a un hombre en dos. Aquella monstruosa herramienta natural se abría y cerraba con siniestros movimientos, que pusieron pavor en el ánimo de los prisioneros.

—Debe de ser un vidrio de construcción muy especial para poder resistir tan tremenda presión del agua —comentó Folsey, una vez rehecho en parte del horror que le había causado la impresionante visión del monstruo.

—Es cierto —repuso Legros, puntualizando—. Cuando menos hay ahí ciento veinticinco mil toneladas de agua, ciento veinticinco millones de litros. Esta masa debe ejercer una presión enorme sobre

la pared, y el químico que fabricó tal clase de vidrio merece toda clase de respetos.

De nuevo volvió el silencio. Todos estaban fascinados por él impresionante espectáculo que se les ofrecía a la vista, el cual, prácticamente, les privaba del habla. Así permanecieron un lapso de tiempo, cuya duración no supieron precisar, fascinados por los, en apariencia, indolentes movimientos del octópodo, yendo y viniendo, como un león en el Zoo, dentro de su colosal jaula acuática.

Aquel siniestro encanto quedó bruscamente roto cuando, sin previo aviso, una puerta se abrió en uno de los laterales de aquel teatro. Una serie de guerreros armados penetró, abriendo ancha calle, y quedándose luego inmóviles como estatuas, de modo que formaran un camino hasta el estrado.

Tres hombres, charlando animadamente entre sí, penetraron, seguidos de otros varios que indudablemente constituían su séquito. Irene no pudo contener una exclamación.

—¡Son Hewic, Lundgo y Saor! ¡Están reunidos aquí, los tres!

Folsey no necesitó hacer pregunta alguna para adivinar la identidad de los tres personajes que acababan de penetrar en el inmenso salón. Los tres iban lujosamente ataviados, y del pecho de cada uno de ellos pendía una estrella similar a la que Irene portaba. Hewic, de Kaidia, llevaba una aguamarina; Lundgo, de Lithenia, un ópalo, y Saor, de Lukok, un fenomenal diamante, cuyos destellos herían dolorosamente la vista.

Con absoluta indiferencia, los tres personajes caminaron hasta el estrado, pasando a la parte opuesta, en cuyos sillones se reclinaron indolentemente.

—¡Diablos! ¡Esto parece un juicio en toda regla! —comentó Sánchez.

—Si me van a juzgar, reclamo el abogado de mi familia —parloteó el francés—. Y está en el Midi, conque…

—Me parece que aquí, esos jueces no precisan de fiscales ni de defensores —repuso pesimista Folsey, envarándose acto seguido.

Una corta procesión, con rítmico paso, penetró en el anchuroso salón. Eran seis guardias, a cuyo mando iba un oficial, y en su centro un hombre, al cual los cautivos reconocieron inmediatamente.

—¡Ki-Yar! —exclamó Ingrid, sorprendidísima, como los demás.

Sánchez, por su parte, soltó una aguda carcajada.

—¡Je…! Míralo ahora: parece una gallina en medio de una bandada de zorros. Se te acabaron los faroles, amigo. No sé qué pecado habrás cometido, pero no me gustaría tener tu barba.
Ki-Yar,
en efecto, había perdido buena parte de su inicial arrogancia. Echaba rápidas y furtivas miradas en torno suyo, como si esperase alguna ayuda que nadie, a juzgar por lo que se veía, quería o podía prestarle.

El oficial empujó a
Ki-Yar
hasta la barra de los testigos. Hewic alzó una mano.

—¿Le van a juzgar? —preguntó Legros.

—Es lo más probable —contestó Folsey pensativamente—. Me gustaría oír los cargos que le imputan.

—Pues eso es fácil —dijo Sánchez. Tomó una de las sillas que allí había y golpeó, el cristal. El ruido estalló con claridad y todas las miradas de los que había abajo se concentraron en aquel punto.

Algunos guardias trataron de subir, pero un enérgico gesto de Hewic los detuvo. Los que había en la habitación se movieron, pero al ver que nadie trataba de escapar, volvieron a su habitual impasibilidad.

—Déjenlos —ordenó Hewic, de rostro delgado y expresión astuta—. Tenemos tiempo de sobra para dedicárselo a ellos.

Luego volvió: sus ojos hacia
Ki-Yar
y endureció la expresión.

—General, ¿sabes por qué estás aquí?
Ki-Yar
se humedeció la lengua con los labios.

—Pues… yo… Excelencias…

—No, no es necesario que sigas; te lo diré yo. Los representantes de la Triple Coalición te dimos una orden. ¿Cuál fue ésta?

—Patrullar por el espacio, hasta dar con el mensajero del Coordinador de la Décima Federación y matarlo.

—¿Solamente eso,
Ki-Yar?
—inquirió burlón Hewic.

—También tenía que matar al Presidente de Namor si le hallaba, Excelencias.

—Oh, sí, claro. ¿Y qué ha sido de las personas aludidas?

Ki-Yar,
palidísimo, se llevó las manos al pecho.

—Yo…, Excelencias… bueno, creí que cumpliría mejor con mi deber trayéndolos a vuestra presencia… y así…

—¡Basta! —rugió Hewic, golpeando con fuerza la mesa—. No solamente infringiste nuestras órdenes dadas en un sentido que no admitía la menor duda sino que, por causa de tal infracción, perdiste un crucero de nuestra armada sideral, con toda su dotación. Nosotros no te pedimos prisioneros. Ki-Yar. ¿Para qué los queremos? —concluyó Hewic desdeñoso.

El prisionero alargó suplicantemente las manos, pero Hewic no le hizo el menor caso.

—Excelentes Compañeros —dijo, volviéndose a Lundgo y Saor— creo que el caso está bien claro. La decisión a tomar es sólo una. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

Lundgo, alto, delgado, esquelético, señaló con el pulgar hacia el vidrio. Saor, grueso como un barril de manteca, y que había estado fingiendo dormir todo el rato, abrió un ojo e hizo un leve movimiento de hombros. Hewic se dio por satisfecho.

—Caso fallado —sentenció—. Oficial, llévate a éste hombre.

Una mano se posó sobre el hombro de
Ki-Yar.
El general, atontado, como si no creyera en lo que le estaba sucediendo, se dejó llevar dócilmente, como una res al matadero.

—Pobre —exclamó Ingrid—. Ahora me da lástima.

—A mí no —gruñó el español—. No olvido que hizo todos los posibles por liquidarnos.

—Pero nos salvó a última hora.

—Por lo que él creía su propia conveniencia —masculló Sánchez —. Si le ha salido mal la cosa, ¿de qué se queja?

Durante unos breves momentos estuvieron haciendo comentarios acerca del género de muerte que le sería infligido al general, pero de pronto, un grito de horror se escapó, de los labios de Irene.

Un cuerpo humano, por una escotilla invisible para los cautivos,

acababa de ser arrojado al estanque. Ki-Yar, pataleando desesperadamente, trató de remontarse, agitando con frenesí brazos y piernas.

Un absoluto silencio se hizo en la sala. Ingrid se mordió los labios hasta hacerles brotar sangre. Por su parte, Folsey notó que las afiladas uñas de Irene se le clavaban agudamente en el brazo.

Lentamente, con la seguridad de que aquella suculenta presa no se le iba a escapar, el colosal cefalópodo surgió del centro de su guarida. Agitó los tentáculos, haciéndolos ondear como serpientes de pesadilla.

Ki-Yar
nadó desesperadamente, huyendo de un lado para otro pero sus movimientos duraron bien poco. El extremo de un tentáculo se le enrolló en la gruesa cintura y luego otro mortífero brazo le inmovilizó las extremidades inferiores.

Horripilados, todos los prisioneros pudieron contemplar los movimientos que el desgraciado general hacía con la boca, gritando algo que nunca sería oído. Los tentáculos, de una manera irresistible, arrastraron a su presa hacia el fenomenal pico del monstruo.

Unos segundos más tarde las aguas se enrojecieron, y el pulpo, satisfecho, se retiró al fondo de su cueva a digerir la presa. Las dos mujeres estaban palidísimas, a punto de perder el conocimiento.

Sánchez apretó los puños con rabia. Fuera de sí, se asomó a la ventana, y en su idioma nativo soltó una serie de escogidas interjecciones, todas ellas destinadas a los tres personajes que presidían la reunión. Hewic, airado, se puso en pie, y señaló con el dedo hacia la ventana.

Folsey saltó hacia el español, arrastrándole de allí, pero era ya tarde; el mal estaba hecho. Un minuto más tarde, sin tiempo casi para las reprimendas, un pelotón de guardias entró en tromba en la estancia y se apoderaron de Sánchez.

Éste no opuso la menor resistencia. Se dejó tomar por los brazos y dijo, alegremente:

—Bueno, amigos, hasta pronto. Ya sabéis dónde dirigirme la correspondencia: en las tripas de ese maldito pulpo tenéis el domicilio de un seguro servidor vuestro.

A pesar de la resistencia de sus custodios, todavía pudo agitar

una mano en señal de despedida. Luego, desapareció.

Folsey lo vio unos momentos más tarde, frío, impasible, ante el tribunal que lo iba a juzgar. Hewic le dijo algo, a lo cual Sánchez le contestó con un escupitajo en pleno rostro.

Los guardias se le arrojaron encima, pero un gesto de Hewic los contuvo.

—Eres muy valiente, terrícola. Lástima que tu coraje no te sirva para nada.

El español soltó una carcajada.

—Por lo menos me ha servido para recordarte tu oscura descendencia, ¡serpiente! Acaso sea yo el primero que te lo ha dicho, ¿verdad? No cambiaría este gusto por nada del mundo, ¡bastardo! —Y volvió a escupirle de nuevo.

Hewic, fuera de sí, hizo un gesto. Dos guardias se echaron encima de Sánchez, pero en el mismo momento algo brilló siniestramente en la mano del español.

Uno de los guerreros se retiró, doblado sobre sí, conteniéndose con las manos el caño de sangre que le salía del horadado vientre. El otro, con la garganta limpiamente seccionada, de oreja a oreja, se desplomó en el suelo, pateando convulsivamente.

Sin pensarlo más, aprovechándose de la situación, Sánchez se arrojó sobre uno de los guardias, tratando de apoderarse de una de las pistolas nucleares. Vio que otro, le enfilaba la suya y disparó el brazo con fulmíneo gesto. El arma fue a enterrarse hasta el mango en el pecho del guerrero, quien, lanzando un agónico chillido, dio unos cuantos pasos, vacilante, hasta caer inerte.

La pistola pasó a las manos de Sánchez. Disparó rapidísimamente, en círculo, liberando una serie de proyectiles atómicos que desintegraron imparcialmente cuerpos y muebles. Pero, súbitamente, el español desapareció tras una nube de verdoso humo.

Cuando ésta desapareció, Sánchez se había esfumado como si jamás hubiera existido, dejando tras sí un ancho rastro de muerte y destrucción. Y solamente fue entonces que Hewic, atreviéndose a surgir detrás de la mesa que le sirviera de parapeto, se atrevió a lanzar un aullido.

—¡Bajen a los otros también! ¡Redoblen las guardias, estúpidos!

CAPÍTULO X

escendieron por una amplísima escalinata de caracol, que se apoyaba por su parte externa en una colosal vidriera cilíndrica, la cual, dejando pasar la luz, no permitía ver el exterior. Descendieron como unos quince metros, al término de los cuales se encontraron ante una gran puerta, flanqueada por los inevitables guerrero de Kaidia.

Serenamente, Folsey e Irene, seguidos por Ingrid, Legros y el chino, caminaron hacia el estrado, tras el cual se sentaban los tres jefes de Galaxia, deteniéndose a prudencial distancia de los mismos. El obeso Saor, súbitamente interesado, echó adelante su corpachón en ridícula actitud, mirándolos fijamente.

—¡Vaya! —exclamó con aflautados tonos—. Había oído hablar mucho de la hermosura de la Presidente de Namor, pero siempre creí que eran habladurías. Ahora veo que la realidad supera a todo cuanto pudieran decirme.

—No estamos aquí para decidir sobre un concurso de belleza —

masculló el seco Lundgo—. Hewic, como jefe de Kaidia, tú tienes la palabra.

Folsey no pudo evitar el mirar una vez más hacia la colosal pared de vidrio, ahora alzándose muchísimo más cerca de él que antes. El cefalópodo onduló reptilescamente, haciéndolo estremecerse con su fría e inhumana mirada.

—Celebramos mucho teneros entre nosotros. Excelencia —dijo Hewic untuoso, dirigiéndose a Irene.

—Es una lástima que los avatares de la guerra os hayan convertido en nuestra prisionera.

—¿Qué azares son ésos, Hewic —contestó ella indignada— cuando entre tu pueblo y el mío no existe tal estado? Habéis violado todas las leyes fundamentales al hacer prisionero a un Jefe de Galaxia. Exijo, pues, una reparación, disponiendo, no solamente mi libertad, sino la de las personas que me acompañan.

Hewic fingió dolerse. Movió la cabeza hipócritamente.

—Oh, cuánto lo lamentamos, Excelencia. Pero eso que nos pides es absolutamente imposible.

Indignada, Irene extendió la mano señalando hacia el colosal acuario.

—¿Acaso vais a arrojarme a las fauces de esa fiera, como hicisteis con el desgraciado
Ki-Yar?
Todo Namor se alzaría en armas contra vosotros…

—¿Por qué iba Namor a alzarse en armas? ¿Quién se lo iba a decir? Oficialmente, Excelencia, ya se ha dado la noticia de vuestra desaparición. El elegir un substituto vuestro es cuestión de poco tiempo, ¿no lo creéis?

—¡Miserable! —exclamó la joven, poseída por la cólera, y en su irritación, no supo qué decir.

Entonces fue cuando se adelantó el coronel.

—Podréis matarnos a nosotros, por supuesto; estamos en vuestras manos y no veo el modo de evitarlo; pero si asesinarais a la Presidenta de Namor, arrojaríais un baldón de eterna ignominia, no solamente sobre vosotros, sino sobre vuestras naciones. Tenedlo bien entendido y meditad despacio antes de dar un paso de tal calibre.

Lundgo apoyó su barbilla en una mano, mirándolo de hito en

hito.

—Joven, me pareces algo impulsivo. ¿No oíste hablar nunca de la razón de Estado?

—¿No sería mejor aplicar la razón de Estado a procurar mantener, por encima de todo, por encima de rencores y rencillas personales, la paz del Universo?

Hewic fue el que habló ahora.

—Tú eres el coronel Folsey, el mensajero personal del Coordinador de la Décima Federación. ¿Qué es lo que dice el mensaje?

—Lo ignoro —contestó Folsey altivamente.

—Tenemos medios para hacer hablar a los más reacios, coronel.

—Me lo supongo —repuso desdeñosamente el aludido—. Sin embargo, por muy refinada que sea la tortura que empleéis conmigo, no adelantaréis nada.

—¡Bravatas terrícolas, coronel!

—Nada de bravatas, sino la pura realidad. El mensaje fue inculcado a mi cerebro mediante una operación quirúrgica, y sólo mediante una intervención análoga podrá ser extraído y conocido por su destinatario. Ni aun la hipnosis lograría arrancármelo. En realidad, yo mismo lo ignoro; solamente sé que al llegar a Namor tenía que ponerme en manos de los médicos.

Hubo unos momentos de silencio, durante los cuales, los tres personajes se miraron entre sí, evidentemente desconcertados. El obeso Saor lanzó un reniego.

—¡Mientes, coronel! ¡Eres un desvergonzado embustero!

Folsey extendió los brazos, al mismo tiempo que decía:

—¿Cuándo empieza la sesión de tormento? Estoy presto a ello, si no logro convenceros de otra forma.

Hewic se frotó con fuerza la mandíbula.

—Aquel diablo de Coordinador es muy capaz de haber hecho lo que dice el prisionero.

—En este caso, ignoraremos siempre lo que dice el mensaje —masculló, incómodo, nervioso, Lundgo.

—Tenemos buenos especialistas en cirugía del cerebro. Lo que ellos no sepan hacer… —sugirió Saor.

Hewic agitó una mano, impaciente.

—¡Bah, todo sería inútil! ¿Qué región de su cerebro es la que

tiene el mensaje? Esas cosas no se ven, hay que despertarlas mediante el bisturí, y nuestros médicos no sabrán hallar la circunvolución adecuada. Ni, aunque la hallaran, tampoco sabrían emplear luego los medios adecuados para hacerle hablar. Estamos en un callejón sin salida.

—Bueno —rió pesadamente Saor— a fin de cuentas, el destinatario está en nuestras manos. ¿Qué nos importa el dichoso mensaje?

—Pero el Coordinador puede enviar otro… —Gruñó Lundgo.

—Para entonces ya será demasiado tarde —dijo, con convencidos acentos, que no dejaron de impresionar a Folsey, Hewic—. Todo lo que no haya conseguido ya hacer hasta ahora, no lo hará jamás.

—¿Y bien? —inquirió Saor—. ¿Cuál es nuestro plan a seguir?

Hewic dudó unos segundos. Al fin dijo:

—Me gustaría pensarlo detenidamente. De que hay que tomar una decisión no cabe la menor duda, pero cuando se adopte, debe mantenerse a toda costa, sin el menor fallo ni vacilación.

Mientras discutían los tres personajes, los prisioneros se miraban unos a otros, como tratando de consolarse. Irene e Ingrid, deliberadamente, habían vuelto la espalda al acuario, para no ver el horror que en su seno se albergaba. Legros se estrujaba los nudillos de las manos, en tanto que Ling permanecía impasible, como si todo aquello no fuera con él.

—¿Y si nos divirtiéramos un poco? —sugirió de pronto Saor.

Folsey se estremeció. Si la diversión que buscaban era la de antes…

Hewic asintió y dio una orden. Folsey apretó los puños, dispuesto a no dejarse matar sin oponer la más enconada resistencia, pero todas sus aprensiones se disiparon cuando vieron que los guardias ni le miraban siquiera.

Uno de ellos desapareció por la misma puerta por donde se llevaran a

Ki-Yar.

Mientras tanto, Ling, repentinamente, sin que nadie se lo dijera, avanzó hasta la presidencia.

—¿Qué diablos quieres tú aquí, mono amarillo? —le espetó Hewic desdeñosamente.

—Excelencia —dijo el chino, inclinándose humildemente— os he visto preocupados por un problema muy acuciante. Acaso vuestro humilde servidor os lo pudiera resolver.

Una mueca de desprecio curvó los labios de Hewic.

—¿Tú vas a ser quien nos arregle nuestros asuntos? ¡Estás loco! ¡Largo de ahí o mando que te arrojen al pulpo!

Un par de guardias aferraron con fuerza los brazos de Ling, cuya actitud resultaba incomprensible para Folsey y los demás. El chino protestó airadamente.

—¡Aguardad, Excelencia, aguardad! ¡Un solo momento! ¡No me condenéis sin haberme oído! ¡La solución del caso está en mis manos!

Saor intervino de repente.

—Sería conveniente escuchar a este gusarapo. Puede que no nos diga nada, y siempre estamos a punto de mandarle ejecutar, pero también podemos sacar algo de su ictérico pellejo. ¡Vamos, desembucha, perro!

Los guardias soltaron a Ling. Éste se agarró con ambas manos a la mesa, inclinándose hacia adelante.

—¿Queréis saber cuál es la solución? ¡Miradla, miradla atentamente!

Con rápidos movimientos, Ling extrajo de sus ropas un diminuto frasquito, cuyo contenido vertió en un trapo preparado al efecto. Se frotó el paño empapado en el líquido por la cara, con vigorosos restregones, al mismo tiempo que su boca parecía escupir unos objetos sólidos.

Unos segundos más tarde, Ling se irguió, alcanzando una estatura insospechada en él. Un unánime grito salió de todas las gargantas.

—¡El Coordinador!

Folsey saltó hacia adelante.

—¡No es posible! —exclamó, atónito.

Pero si, era el Coordinador en persona, aunque con un aspecto mucho más juvenil y vigoroso que le viera en la Tierra.

Hewic, Lundgo y Saor se pusieron en pie, asombradísimos. Soltando una estruendosa carcajada, el Coordinador les hizo una pregunta.

—Queréis saber cuál es mi mensaje ¿verdad? ¿Sí? Pues es…

Una pistola atómica de tamaño reducido apareció de pronto en las manos del Coordinador. Hewic y sus compañeros intentaron huir, pero los disparos que el Coordinador hizo fueron infinitamente más rápidos. Diez segundos más tarde, sólo tres bolas de humo verdoso, que se disolvían lentamente, indicaban el fin que habían tenido los tres jefes de la Galaxia.

Con el arma en la mano, el Coordinador se volvió, apuntando a los estupefactos guerreros.

—¡Quietos ahí todos! ¿Quién es vuestro jefe? ¡Que se acerque inmediatamente!

Un guerrero, lleno de insignias en los hombros, dio dos o tres vacilantes pasos.

—Soy yo, Excelencia. El coronel Jiam, jefe de la guardia…

—Tengo más que suficiente con lo que he oído. Jiam, ahora mismo vas a divulgar a tu pueblo, y a los demás planetas, la verdad de lo que has visto y oído. Vuestros jefes eran unos sádicos ansiosos de sangre, que estaban dispuestos a arrancaros de la paz que disfrutáis para llevaros a una guerra suicida. Aun venciendo, vuestras pérdidas serían tan cuantiosas, que no obtendríais ventaja alguna de la victoria. Hazlo así, inmediatamente, y añade que yo, el Coordinador de la Décima Federación, tomo el mando de todo esto, en tanto se decide cuáles han de ser las personas honradas que han de ocupar los puestos que estos tres miserables han dejado vacantes. Ve, Jiam, aprisa, ¡aprisa!

—Sí, Excelencia —balbució el coronel, hecho un lío. Folsey aún no había salido de su asombro.

En aquel momento se produjo un suceso singular. Alguien gritó, señalando al acuario. Todos los rostros se volvieron hacia allí instantáneamente.

Tres enormes escualos, de diez o más metros de largo, acababan de ser precipitados, por unas compuertas especiales, en la madriguera del pulpo. Los cuatro animales, cuatro fieras de aspecto terrorífico, se enzarzaron en una espantosa pelea.

Irene no protestó por la infracción del protocolo que suponía el que Folsey rodeara protectoramente sus hombros con el brazo. Los dos estaban subyugados por el aterrador espectáculo, preparado para el disfrute de unos hombres que no habían podido verlo.

Durante Unos momentos, todo el mundo estuvo pendiente de lo

que sucedía en el acuario. Uno de los tiburones, alcanzado por el fenomenal coletazo de un tentáculo, fue proyectado con terrible fuerza contra el mamparo de vidrio.

Una enorme grieta, siniestramente blanca, se abrió en toda la vertical longitud del muro transparente. Un charro de agua saltó horizontalmente a la sala.

—¡Se va a quebrar! —gritó alguien, y aquello fue la señal para que todo el mundo, enloquecido, emprendiera la desbandada.

Folsey cargó con Irene, en tanto que Legros tiraba de Ingrid. Fuera de sí, loco de rabia por las heridas recibidas, causadas por las feroces dentelladas que le tiraban los escualos, el enorme pulpo se precipitó contra el vidrio, extendiendo todos sus tentáculos y haciendo presión en sentido opuesto.

Más chorros de agua saltaron cuando una nueva grieta se abrió. Un chasquido resonó estruendosamente. El agua, al ser despedida a una enorme presión, silbaba agudísimamente.

A punto de alcanzar la escalera, Folsey se volvió. Con un estrépito semejante al de cien cañones disparados a la vez, estremeciéndose el edificio, hasta sus cimientos, el muro de vidrio saltó, liberando una colosal catarata de agua, entre cuyas espumas continuaban debatiéndose, enloquecidas, las cuatro fieras.

Todos corrieron escaleras arriba. Ingrid resbaló de repente, y su grito resonó con fuerza. Folsey se volvió.

—Suba —le dijo a Irene, y descendió unos cuantas escalones.

Legros ya lo había hecho con anticipación.

En el momento en que el francés se inclinaba sobre Ingrid, una ola monstruosa los envolvió en su seno. Un momento se vio a los dos tratando de sobrevivir, pero luego el colosal remolino del agua los arrastró hacia donde los animales continuaban su tremenda lucha. Folsey se estremeció cuando, de pronto, vio unas blancas espumas tornarse del coloide la sangre.

Irene tiró de él.

—¡El agua continúa subiendo, Bill! —le gritó, al oído, pues el ruido era espantoso, bramador.

Folsey retrocedió aprisa, ganando los pisos superiores, perseguido en su huida por el ascenso del agua del estanque.

Los gritos de los guardias apenas si se oían. Siguiéndolos, Irene y Folsey llegaron a un piso alto donde las aguas no alcanzaban, y el

joven se asomó por una ventana, con la esperanza de ver a alguno de sus amigos vivos. El corazón se le encogió cuando vio a Ingrid, inerte, girar de un modo espantoso, sujeta por uno de los tentáculos del pulpo.

—Coordinador —dijo, dándose cuenta de que lo tenía al lado—. Vuestra pistola.

Nadie le contestó. Extrañado, Folsey se volvió.

—Puedo salvar a Ingrid todavía, Coordinador. Quizá no esté más que desmayada y…

—Tú no salvarás a nadie —dijo el Coordinador inesperadamente, con frío acento—. Ni siquiera a ti mismo. Ni siquiera a Irene Bayglo.

—No comprendo… —dijo Folsey, todavía.

El Coordinador se echó a reír. Desaparecidos los guardias de Kaitia, ellos eran los únicos ocupantes de la estancia.

—Lo comprenderás ahora cuando sepas que ya me he desembarazado de tres de mis competidores más peligrosos. Ya sólo me queda el cuarto, Irene, pero éste no es peligroso… más que para los jóvenes de corazón tierno como tú, coronel. Yo ya he pasado de esas edades de la tontería, y anhelo cosas más sólidas. El mando infinito, por ejemplo.

—Pero… entonces… —dijo Folsey, como si se hallara dentro de una pesadilla— el mensaje…

—No había tal mensaje. Todo fue teatro, coronel. Necesitaba un hombre hábil que me trajera a Kaidia y me ayudara a eliminar a aquellos tres idiotas. Ya lo he conseguido, y ¿para qué te quiero a ti?

—Usted mató a McRaish; usted lo degolló —dijo acusadoramente Folsey.

El Coordinador arrojó una mirada al lago que tenía debajo de sí, donde dos tiburones y un mutilado pulpo, a quien ya le faltaban tres tentáculos, continuaban peleándose con ensañada ferocidad.

—Me vio renovar el maquillaje de Ling. ¿Qué otra cosa podía hacer, sino suprimirlo?

—Pero usted murió en la Tierra.

—¡Pamplinas! ¡Un poco de comedia… y ya está! ¡Así quedaba libre para mejor actuar! ¿Por qué crees que te molestaron tan poco, habiendo estado presente en el momento de mi «muerte»? Si ésta

hubiera sido auténtica, ¿no crees que te habrían mareado a preguntas? Nadie te dijo nada, se te dejó partir inmediatamente… y todo, ¿por qué? Pues… porque yo estaba ya en la nave contigo. Sí, tengo allá abajo en la Tierra algunos fieles amigos, a quienes no les desagradará alguna de las jefaturas que dejaron vacantes los idiotas que se confiaron «en un poblé chino que apenas sabe hablal». Actuaba de acuerdo con ellos… y alguno se sentará en el sillón que aún no ha podido ocupar nuestra hermosa namoriana.

—¡Es imposible tanta maldad! —dijo Folsey atónito—. Y usted sería también el que colocó la barrita imantada en el computador de tránsitos, ¿verdad?

—Naturalmente. Estas cosas no se hacen sin dinero y yo necesitaba financiar mis planes. El tesoro incalculable de Rithiar me servirá para ello. En la Tierra ya no podía obtener ni un solo centavo, ¿comprendes? Calculé bien al «error» y fuimos a salir donde yo esperaba. Quería fijar definitivamente la posición de Rithiar en el mapa celeste, para cuando luego, con mejores medios, regrese allí. Billones y billones me están aguardando, con sólo agacharme y recogerlos. Las orugas no serán obstáculo; ya hallaremos el medio de eliminarlas. Habiéndome cargado a tres granujas como Hewic y compañía, ¿qué pueden importarme aquellos bichos?

—Y sólo por satisfacer sus locas ansias arriesgó usted su pellejo…

—No es buen jugador, el que, cuando es preciso, no echa el resto en la mesa. Yo lo hice… y gané. Todo o nada, ¿entiendes, coronel? Y ahora tengo todo, todo para mí.

—… y además —prosiguió impasible el joven—, mató usted a once personas, diez hombres y una mujer, como pocos hay en el mundo, y todos ellos sacrificados a su loco interés de megalómano. No merece usted vivir, ciertamente, Coordinador; por el contrario, si algo merece, es cien muertes por cada…

La pistola que el Coordinador tenía en la mano se agitó frenéticamente.

—Yo soy el que va a vivir —dijo— y vosotros, los que, ¡ahora mismo! Vais a desaparecer. Yo solo, sólo yo, quedaré aquí y…

Ciego por sus propias palabras, el Coordinador había descuidado a Irene. La joven, lenta, pero insensiblemente, se había ido

apartando de aquel enloquecido personaje, hasta alcanzar el respaldo de una silla. Entonces, con rapidísimo movimiento, la volteó. Golpeó duramente la muñeca del Coordinador.

Éste lanzó un rugido de rabia e intentó arrojarse sobre, el arma que había saltado despedida de su mano. Pero Fosley fue infinitamente más rápido.

Pegó una patada a la pistola y la envió al otro lado de la estancia. Luego tomó por el cuello al loco, arrastrándolo, a pesar de sus gritos, hacia la ventana. Fascinada, Irene no se atrevió a intervenir siquiera.

El Coordinador era aún fuerte, pero en las manos de Folsey resultaba poco menos que un chiquillo. El coronel lo izó en alto.

—No es una venganza, sino un acto de justicia —declaró, al mismo tiempo que despedía aquel repugnante cuerpo hacia las aguas que todavía continuaban siendo removidas por sus siniestros habitantes.

Irene no lo pudo resistir más; sollozando intensamente, se arrojó en brazos de Folsey.

* * *

Semanas más tarde, el coronel pidió ser admitido a presencia del presidente de Namor. La audiencia le fue concedida inmediatamente.

Folsey se inclinó profundamente.

—Señora, he venido a despedirme de vos. Embarco en la «Astraea», una nave de pasajeros que sale para mi planeta.

Ella, ataviada con las galas de su cargo, se levantó, yendo presurosa a su encuentro.

—Bill, ¿por qué me dejas?

—No tengo nada que hacer aquí. Excelencia. Mi puesto está allá, en la Tierra.

—¿No crees que también aquí tienes algo que hacer, Bill?

—Me parece que Vuestra Excelencia tendrá hombres…

—Que no valen la décima parte que lo que vale el coronel Folsey. Quédate, Bill; te necesito.

—¿A mí…?

—Si Bill, a ti. Tengo que enviar un mensaje…, pero no puedo

hacerlo sola. Preciso de alguien que me ayude y, ¿quién con más experiencia que tú para tales menesteres?

—Pero… yo… señora…

Irene le miró a lo hondo de los ojos.

—Bill, hemos de llevar un mensaje al Universo. Un mensaje de paz y amor, de bondad y cariño, y tú me puedes ayudar.

Folsey empezó a temblar, porque empezaba a comprender. Ella trató de decidirle.

—Bill, recuerda a todos tus compañeros. Ingrid, Sánchez, Legros, Mokando…; todos ellos, a su modo, llevaban un mensaje. ¿Traicionarás su memoria?

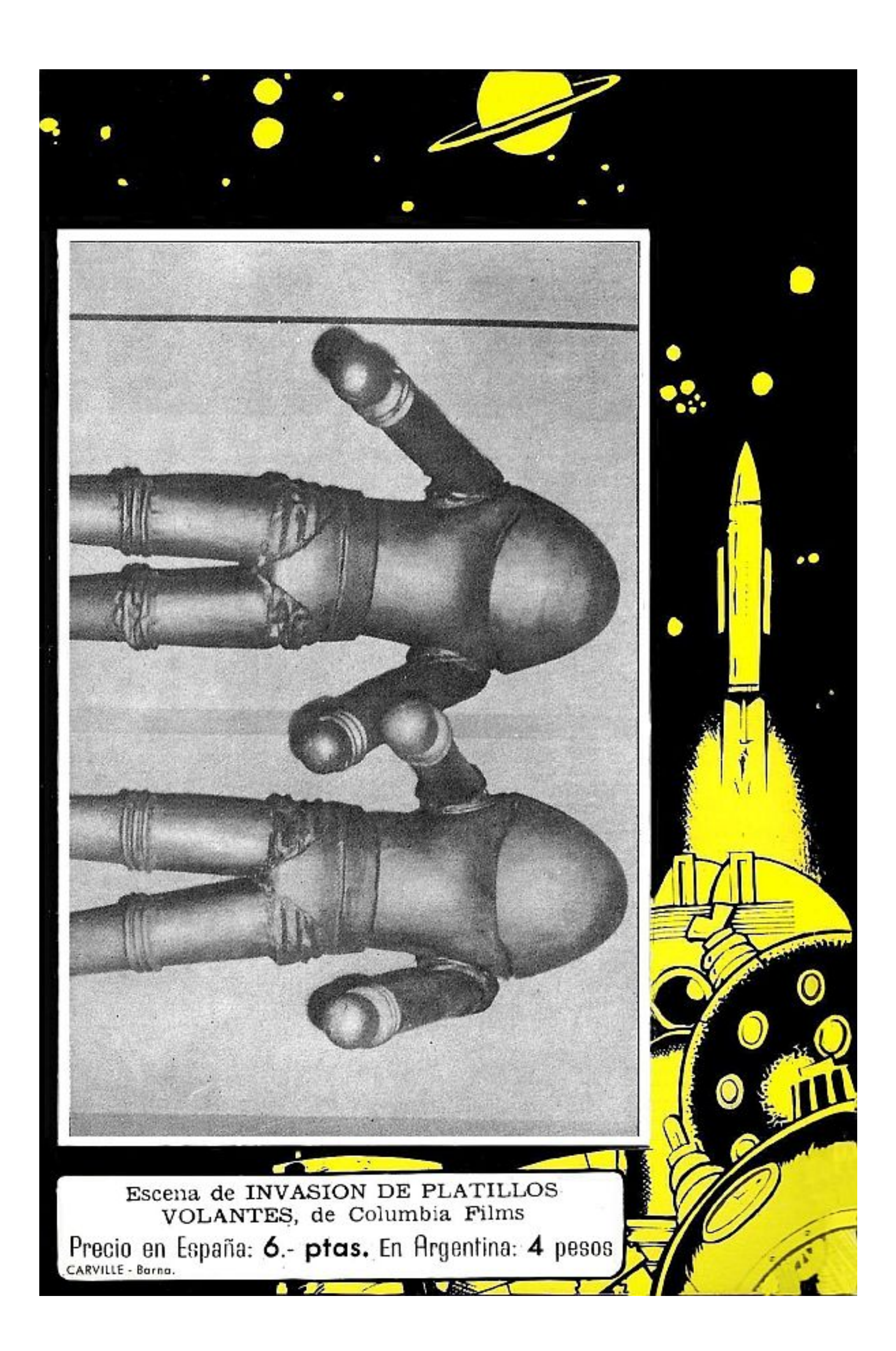
Los ojos de Folsey se clavaron en los de Irene. Dijo con ellos lo que no se atrevía a decir con la boca.

Ella le tomó de la mano.

—Bill, llevemos nuestro mensaje al Universo. Vamos, ¿quieres?

Cogidos de la mano, echaron a andar.





Escena de INVASION DE PLATILLOS VOLANTES, de Columbia Films

Precio en España: 6.- **ptas.** En Argentina: **4** pesos

CARVILLE - Barna.



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] Es la llamada internacional de socorro que se usa por un navío, bien marítimo o aéreo, cuando se encuentra en inminente peligro, y todos cuantos la escuchan deben desviar el rumbo para asistir en socorro de la nave siniestrada. (N. del A.). <<

[2] En el argot que usan los hombres qua manipulan sustancias radiactivas, indica que es un lugar muy peligroso por la gran cantidad de radiaciones. (N. del A.). <<